

Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires*

*Sergio Visacovsky**, Rosana Guber*** y Estela Gurevich****

El objetivo del presente trabajo es mostrar que las carreras universitarias, como modos de producción y reproducción profesional de las prácticas científico-académicas, expresan los proyectos socio-políticos bajo una lógica específica: son traducidos a conceptos, perspectivas y temáticas disciplinarias. En primer lugar, el trabajo se centra en el modo en que los protagonistas de la carrera de ciencias antropológicas construyeron su objeto disciplinario; cómo las transformaciones políticas e intelectuales participaron del mismo y en qué medida esto implicó condiciones de inserción, posicionamiento y disputas de legitimidad dentro de los límites de las ciencias sociales y humanas. En segundo lugar, se analizan diferentes aspectos de su temprana conformación académica, tales como: la resolución de creación, el perfil intelectual de los primeros profesores y los contenidos curriculares del primer plan de estudios. Finalmente, se postula una interpretación que dé cuenta de la vigencia y legitimidad de la disciplina antropológica en el ámbito porteño a fines de los cincuenta, basada en acuerdos compartidos entre las disciplinas del campo humanístico-social que excedieron las diferencias teórico-metodológicas y político-partidarias.

En 1958 se creó en la Universidad de Buenos Aires (UBA) la carrera de grado de "Ciencias Antropológicas" (CA), conquista tardía¹ para una disciplina que contaba con una larga tradición en el país. Por

* El siguiente trabajo se enmarca dentro del proyecto de investigación financiado por UBAQyT "Antropología y Nación: la invención etnográfica de la Argentina", dirigido por Rosana Guber, e integrado por Sergio Visacovsky, Ana Domínguez Mon y Estela Gurevich. Una versión de este trabajo fue expuesta en el V Congreso Argentino de Antropología Social, el 31 de julio de 1997, en La Plata. Agradecemos los comentarios críticos recibidos de Guillermo Ruben, Carlos Prego y Ana Domínguez Mon, así como la ayuda brindada por el personal de la oficina de Mesa de Entradas y Archivos del Rectorado de la Universidad de Buenos Aires y en particular a su jefe, Carlos Alberto Villanueva.

**Universidad de Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras.

***C0NICET, Universidad de Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras.

¹ Esta emergencia tardía en relación con las antropologías centrales (Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia) puede no parecerlo si es comparada con otras antropologías periféricas, con las que existen coincidencias temporales. En Brasil, el Programa de Posgrado en Antropología Social en el Museo Nacional de Río de Janeiro fue creado oficialmente en 1968, aunque empezó con cursos de es-

entonces el campo de la antropología en sus diferentes especialidades asociadas disponía de numerosos cultores, instituciones científicas y cátedras universitarias desde fines del siglo xix.²

La creación de CA se produjo en el contexto de una Argentina sacudida por los intensos cambios que siguieron al derrocamiento del gobierno peronista en 1955, y que también afectaron al mundo intelectual y académico. En contraste con la etapa anterior, se propició la apertura a los más actualizados desarrollos científicos, la utilización del conocimiento académico como respuesta a los problemas concretos, la incorporación y desarrollo de tecnología y, finalmente, la transformación de la universidad. Este proceso expresó en las estructuras científicas, académicas e intelectuales un programa político-ideológico orientado al "desarrollo" y la "modernización" de la sociedad.

Algunos autores han indagado en las transformaciones del campo intelectual y académico entre 1955 y 1966 (año del derrocamiento del presidente constitucional, el radical Arturo Illia) en relación con los procesos socio-políticos más generales. Así, se ha focalizado en el surgimiento y desarrollo de la carrera de Sociología,³ en los cambios en la filosofía, la literatura y el ensayo político,⁴ y en la constitución disciplinaria de la psiquiatría, la psicología y el psicoanálisis.⁵ El argumento medular de esta producción consiste en mostrar el modo en que los proyectos "modemizadores" vehiculizados desde el estado se plasmaron en el campo académico-intelectual, al punto que las nuevas carreras sociales y humanas nacidas en 1957 -Sociología, Psicología y Ciencias de la Educación- eran expresión del proyecto político nacional posperonista.

pecialización en 1960. (Cardoso de Oliveira y Rubén, 1995: 211). Y en un país con una rica tradición como Australia, vinculada a las antropologías centrales, fue implantado en 1955 el primer programa de doctorado en antropología en la Universidad de Sydney (Baines, 1995: 90 y 106). Sin embargo, no son casos fácilmente comparables, debido a las profundas diferencias de los sistemas universitarios en los que se insertaron; mientras que en Sydney y Río de Janeiro se crearon posgrados, en Buenos Aires se constituyó como carrera de grado que posibilitaba el acceso a un doctorado en Filosofía y Letras pensado como un objetivo a ser alcanzado por el desarrollo individual de los investigadores, y no como un sistema orgánico de producción y reproducción académico-profesional.

² Arenas, 1989-1990; Fígoli, 1990 y 1995.

³ Sigal, 1991; Neiburg, 1993 y 1995.

"Terán, 1991.

⁵ Balan, 1991; Vezzetti, 1992.

Estos trabajos son resultado del interés de sociólogos, historiadores, filósofos o psicólogos preocupados por la historia y constitución de sus propios campos disciplinarios. Del mismo modo, "antropólogos nativos" han tomado a su ciencia como objeto, produciendo obras históricas o testimoniales. Una mayoría de estos autores establecen una relación de consanguineidad entre la naciente CA y las otras nuevas carreras sociales y humanas, a las que conciben en los mismos términos que sus colegas sociólogos y psicólogos: CA sería, también, producto y a la vez cristalización del mismo contexto político e intelectual "modernizador". Todos coinciden en destacar la bondades del proyecto "modemizador" que lideraba Sociología, y atribuyen la Imposibilidad de instalación del mismo en CA por causas disciplinarias internas.

Por ejemplo, para el arqueólogo y etnohistoriador Guillermo Madrazo es clara la paternidad "desarrollista" en CA, pero la permanencia de antropólogos involucrados con el período político y académico anterior impidió que la mencionada paternidad gravitase lo suficiente; estos antropólogos, contrarios a las perspectivas "desarrollistas" y "modernizadoras", vieron favorecida su continuidad por la ausencia de figuras poderosas promotoras de las corrientes renovadoras (como Gino Germani en Sociología).⁶ Por su parte, Leopoldo Bartolomé identifica a los sectores "antimodernos" de Madrazo como "monstruos" y "enemigos internos" provenientes de las "humanidades" opuestas a las "ciencias sociales". La supervivencia de estos "anticientíficos regresivos", "simples ignorantes", "detentadores de las armas del poder", "irracionales voluntaristas", se explica por la débil estructura académica de la carrera.⁷ En términos semejantes, Hebe Vessuri define a la antropología institucionalizada en 1958 como una "contracorriente": a diferencia de la Sociología bajo Gino Germani y la Historia Social con José Luis Romero, no participó de la ola "modemizadora" propia de los sesenta. Más bien, respondió a una tradición desarrollada desde los años treinta, inspirada en la perspectiva histórico-cultural centroeuropea, anacrónica en los sesenta.⁸ Y también Hugo Ratier sostiene que la imposibilidad de cristalización del proyecto "moderni-

⁶ Madrazo, 1985: 13-56.

⁷ Bartolomé, 1982: 4-7.

⁸ Vessuri, 1992. Una posición semejante expresa el arqueólogo Alberto Rex González, en Boido, Pérez Gollán y Tenner, 1990.

zador" en CA se debió a que ésta era "depósito de una materia prima inservible", los profesores adherentes a la escuela histórico-cultural.⁹

La mayoría de estos textos fueron producidos a lo largo de la década del ochenta, durante los últimos años del autodenominado "Proceso de Reorganización Nacional" y la primera gestión democrática del gobierno radical de Raúl Alfonsín. En este período vastos sectores de los medios político, intelectual y académico se abocaron a restaurar las libertades democráticas y los derechos civiles, perdidos desde 1975. Parte de la tarea era reconstruir carreras arrasadas por la expulsión, el exilio y la desaparición de docentes y estudiantes en la universidad. En las carreras sociales y humanísticas, desde 1975 segregadas en edificios y facultades, se reformaban contenidos curriculares considerados anacrónicos y ajenos a la realidad político-social. A la luz de este contexto, los relatos a los que hacíamos referencia intentaban comprender el pasado para enfocar la acción en el presente, *cuestionando* el proyecto académico imperante desde los orígenes de la carrera hasta la restauración de la democracia en 1983.¹⁰ De este modo, los "orígenes" de CA se condensaban y subordinaban a la memoria de las "CA en el Proceso".¹¹

Las narrativas argumentan que los proyectos ideológico-políticos eran a la vez contextos y promotores de las transformaciones académicas, y que encontraron un obstáculo a su concreción en la estructura disciplinaria e institucional. Sin embargo, cabe preguntarse por qué los proyectos estatales dominantes, aparentemente, se habrían desinteresado por una carrera que, también presuntamente, habría resistido la "modernización". Asimismo, mientras los relatos visualizan a la Sociología como hermana ejemplar, expresan perplejidad ante la realidad disciplinaria interna, a la que sólo pueden concebir como anómala. Una pregunta queda entonces pendiente: ¿cómo la ola modernizadora ha-

⁹ Colegio de Graduados en Antropología (CGJA), 1989: 9-10.

¹⁰ En el volumen que algunos investigadores del Centro Argentino de Etnología Americana -instituto de investigaciones que Bórmida creará en 1973 y que sigue hasta hoy su doctrina- dedicaron a la historia de la antropología en el país, también se inscribe la creación de la carrera en el contexto académico y político posperonista (aunque esto no se diga explícitamente), concibiéndola fuertemente ligada al proyecto que diera origen a las nuevas carreras de Filosofía y Letras (Califano, Pérez Diez y Balzano, 1985). Sin embargo, dado el rol secundario que el pasaje cumple en el texto original y su austereidad expresiva, se hace imposible extraer consecuencias comparativas con las narrativas que trabajamos aquí.

¹¹ Guber y Visacovsky, 1996.

bría tolerado una carrera que se presentaba como *lo otro* del proyecto académico imperante?

Este interrogante es más válido aún en la medida en que la primera intervención universitaria posperonista gozaba de amplios poderes para renovar el plantel universitario y, con éste, la currícula de las carreras. Por otra parte, la subordinación del campo académico a la política ha sido destacada por numerosos analistas y es parte del sentido común de los universitarios e intelectuales argentinos desde 1945. Sin embargo, consideramos que las carreras universitarias, como modos de producción y reproducción profesional de las prácticas científico-académicas, expresan los proyectos socio-políticos bajo una lógica específica: son traducidos en conceptos, perspectivas y temáticas disciplinarias. Estos modos de producción y reproducción profesional son parte constitutiva de lo que Pierre Bourdieu denomina *campo científico*, es decir, un sistema de relaciones objetivas constituidas entre las posiciones adquiridas por los agentes a partir de sus luchas precedentes. Precisamente, un *campo* es ante todo un espacio de lucha por el monopolio de la autoridad, en este caso, científica y académica.¹² Además, el concepto constituye una herramienta teórica que permite concebir a la ciencia en articulación con las estructuras económicas y políticas generales, pero a la vez con sus propias reglas de funcionamiento. Esta autonomía se pone en evidencia en mayor medida en las ciencias físico-naturales, pues los sectores dominantes les imponen un interés propiamente técnico, mientras que de las ciencias sociales esperan que contribuyan a la legitimación del orden social establecido. Por ello las ciencias sociales aparecen por definición más ligadas a las luchas dentro del campo político, a tal punto que de tales luchas dependen las disputas internas por una definición legítima de ciencia social.¹³

Es por ello indispensable analizar el modo en que los primeros protagonistas de CA construyeron su objeto disciplinario, cómo las transformaciones políticas e intelectuales participaron de dicho objeto y en qué medida estas transformaciones implicaron particulares condiciones de inserción, posicionamiento y disputas de legitimidad dentro de los límites de las ciencias sociales y humanas. Buscamos indagar en el origen de la carrera de CA en la UBA para responder por las razones de su creación atendiendo a los proyectos académico-dis-

¹² Bourdieu, 1975; Para la noción de *campo*, véase también Bourdieu, 1983 y 1985.

¹³ Bourdieu, 1975. Por ello, los intentos de imponer un interés técnico a las ciencias sociales tienen por objeto disimular su contenido esencialmente político.

ciplinarios y político-intelectuales que la animaron. Para ello analizaremos distintos aspectos de su temprana conformación académica: la resolución de creación, el perfil intelectual de los primeros profesores y los contenidos curriculares del primer plan de estudios; compararemos la estructura institucional-universitaria de este campo disciplinario con el de la sociología de entonces, analizando las perspectivas de algunos protagonistas acerca de la naturaleza y límites entre ambas disciplinas. Finalmente, se postula una interpretación que dé cuenta de la vigencia y legitimidad de la disciplina antropológica en el ámbito porteño a fines de los cincuenta, basada en acuerdos compartidos entre las disciplinas del campo humanístico-social que excedieron las diferencias teórico-metodológicas y político-partidarias.

Antes de proseguir cabe hacer una advertencia. Como muchas otras, la historia de los antropólogos argentinos no estuvo privada de profundos sinsabores, violentas disrupciones y, demasiado frecuentemente, de agrios enfrentamientos, todo lo cual no fue más que la condensación en un campo académico de cuanto sucedía en el país. En nuestro carácter de antropólogos, no es aquí el objetivo arbitrar entre justos y usurpadores, convertir en héroes o en villanos a sus más conspicuos protagonistas, porque consideramos que así estaríamos reproduciendo la lógica de las trincheras, más propicia para los contextos bélicos y sus consabidos maccarthismos, que para el libre debate académico. Es cierto que la historia, sin embargo, es todavía reciente, y que cada uno quisiera abrigar una memoria de sí y de los suyos a salvo de probables cuestionamientos. Por nuestra parte, sólo podemos decir que sin ser ajenos a la propia historia de la disciplina y de la carrera de Ciencias Antropológicas en la UBA, estamos intentando comprender su génesis porteña como parte de procesos políticos mayores, lo cual comporta el riesgo que enfrentamos quienes hacemos "antropología nativa", en particular con intelectuales.¹⁴ De este modo preferimos la máxima del historiador británico de la antropología Adam Kuper, para quien el historiador debe hacer conscientes las restricciones y las fuerzas que modelan la práctica profesional, haciendo

¹⁴ Faye Ginsburg (1992) se pregunta qué puede significar la adopción del famoso "punto de vista nativo" cuando el "otro" es un actor que participa de conflictos sociales y políticos en nuestra propia sociedad, y los propios investigadores se encuentran comprometidos con ellos. Ginsburg señala que cuando exponía su investigación sobre las militantes de base del movimiento antiabortista *right-to-life* en los Estados Unidos, sus colegas antropólogos -autodefinidos como "intelectuales de izquierda proabortistas"- sospechaban sobre la posibilidad de que ella se hubiese transformado en uno de ellos.

que la historia aparezca como problemáticamente inconsecuente, en vez de confortablemente inevitable.¹⁵

I. El contexto político, académico e intelectual "modernizador"

Una transformación profunda de la escena nacional sucedió al derrocamiento del gobierno constitucional del teniente general Juan Domingo Perón. El golpe militar de septiembre de 1955 fue bautizado por sus propulsores y adeptos como "Revolución Libertadora", pues suponían que con ella salvarían a la nación de la "tiranía peronista", a la que asimilaban al nacionalsocialismo alemán y el fascismo italiano.

El peronismo, sus nombres, emblemas, iconos, literatura y organizaciones fueron inmediatamente proscritos, acentuando así las exclusiones con las que comenzaba a dibujarse un espacio democrático de participación restringida.¹⁶ Con la proscripción, el gobierno de tacto -encabezado primero por el general Eduardo Lonardi y sucedido a los pocos meses por el general Pedro E. Aramburu- desplazó políticamente a los sectores populares que, tradicionalmente marginados en sus demandas y opciones, se consideraban representados en la figura y el gobierno de Perón.¹⁷ El golpe de 1955 fue apoyado por una

¹⁵Kuper, 1991:129.

¹⁶ Las reglas de juego que la coalición revolucionaria trató de instaurar a partir de septiembre de 1955 debían restaurar un nuevo orden "democrático" que asegurara un equilibrio social y político sin la habilitación legal del Justicialismo y su principal conductor, Juan Domingo Perón, desde entonces y hasta 1973 en el exilio. Las fuerzas armadas en el gobierno se presentaban a la sociedad y a sus aliados civiles como un recurso transitorio, sólo necesario para aventar los peligros de un regreso inesperado del "tirano" depuesto, y para instaurar a un nuevo presidente civil libre de las ataduras del pasado próximo. Sin embargo, los gobiernos civiles posteriores estuvieron viciados por la estrechez de una "democracia restringida" que sin embargo debió a sus tentativas secretas de legalización del peronismo la proliferación de "planteos" con que las fuerzas armadas ejercitaban su poder de veto. Ni los gobiernos civiles ni los militares fueron capaces de garantizar la continuidad del "nuevo orden", y por lo tanto de erradicar al "tirano" de la política nacional. Dicha incapacidad se debía a que la legitimidad de dichos gobiernos era ampliamente cuestionada, existiendo una insatisfacción política generalizada (O'Donnell, 1977: 157-158).

¹⁷ El sistema político adquirió un carácter dual; por un lado, un régimen parlamentario débil basado en partidos políticos legales, y un sistema extraparlamentario y extrapartidario de negociaciones y presiones. El juego de presiones y amenazas ejercido desde "fuera" del sistema legal, al que había sido confinado el peronismo y sus representantes, introdujo un nuevo y poderoso elemento desestabilizador del orden político. Los "confinados" no tenían nada que perder: ya estaban proscriptos (Cavarozzi, 1986: 20).

amplia alianza que incluyó a liberales, católicos, radicales, socialistas y comunistas, estos últimos proscritos más tarde debido al nuevo contexto mundial de la "Guerra Fría".¹⁸ En efecto, una vez triunfante la Revolución, el sector "liberal" del Ejército rehabilitó a los viejos partidos, permaneciendo el gobierno en manos militares hasta la realización de las elecciones y la asunción de las nuevas autoridades en 1958.

La "Revolución Libertadora" se erigió como un proyecto de retorno a los ideales liberal-democráticos, a los que sumó dos nuevos elementos: la "modernización" y el "desarrollo". Dichos conceptos pivotearon los once años comprendidos entre 1955 y 1966, entrelazándose y constituyéndose en ejes de las reformas económicas, políticas, sociales y culturales, asentándose en una visión de la Argentina como un país estructuralmente "atrasado", aislado del mundo "desarrollado" representado por los Estados Unidos y los países europeos reconstruidos tras la Segunda Guerra Mundial. Desde la óptica "desarrollista", el "subdesarrollo" de los países latinoamericanos favorecía, además, la acción del "enemigo interno" representado por las bases locales del "comunismo internacional", que pretendía profundizar los conflictos sociales. De tal modo, el "desarrollo" se convertía también en una necesidad política para garantizar la seguridad de la nación,¹⁹ complementaria de la represión policial y militar.²⁰ Este marco ideológico fue permeando progresiva-

¹⁸ Tras haber participado de las elecciones para convencionales constituyentes en 1957, el comunismo fue proscrito por Frondizi debido a las presiones de los Estados Unidos y las fuerzas armadas, conforme a los avances de la Guerra Fría y a la difusión de la Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN). La DSN, impartida desde los institutos de formación militar estadounidenses hacia Latinoamérica, proveyó el cemento ideológico, el sentido de destino manifiesto de las fuerzas armadas y el patrón de interpretación de los problemas sociales de entonces (O'Donnell, 1972: 537). La DSN se difundió con un objetivo prioritario: acometer la guerra interna contra la subversión, identificada primordialmente con el comunismo, que irradiaba, con su reciente ejemplo, la Revolución Cubana.

¹⁹ "La 'seguridad' se confunde con el 'desarrollo' y ambos pasan a ser parte de las 'funciones específicas' de las fuerzas armadas. Esta ideología permite, al menos potencialmente, la militarización de cualquier problema social" (O'Donnell 1972: 535). La Alianza para el Progreso y su contracara, la Invasión de Bahía de los Cochinos (en 1961), debían ser duplicadas en cada país (Schoultz, 1981).

²⁰ El estado argentino había tomado medidas estrictamente militares en septiembre de 1955, bombardeando la Plaza de Mayo contra una posible resistencia popular, gremial u obrera. Al sofocamiento de los movimientos revolucionarios de liberación se sumaba la sistematización de la represión oficial a la sublevación del general Valle, los fusilamientos de 1956 y luego el Plan de Comoción Interna del Estado (CONINTE), bajo el gobierno civil de Frondizi (1960). A diferencia de otras naciones de América Latina, en la Argentina la DSN se implantó a través de una temprana articulación entre un genérico enemigo comunista nacido en la Guerra Fría, y una "versión" local más con-

mente al gobierno de Arturo Frondizi, quien encabezando una fracción del Partido Radical denominada "Intransigente" ganó las elecciones generales en 1958 con apoyo del peronismo proscrito.

Que en los años inmediatamente posteriores a 1955 el campo intelectual se reconstituyese en oposición al peronismo no es de extrañar. El peronismo los había excluido de la universidad, dominada por sectores nacionalistas y católicos, y perseguido políticamente, convirtiendo a numerosos intelectuales al antiperonismo; el peronismo se les aparecía como el "hecho maldito" y, más aún, como el fenómeno anómalo a explicar. Por eso los intentos de comprensión del movimiento de masas instaurado entre 1945 y 1946 comenzaron con su caída y crecieron al amparo del proyecto modernizador y desperonizador de las clases populares que componían la mayor parte de su clientela política.²¹

Parte del campo intelectual autoadscripto como antiperonista organizó su identidad en torno al ideal del "compromiso", que por entonces aparecía encarnado en la figura del filósofo francés Jean-Paul Sartre. Esos primeros años permitieron la consolidación de un bloque intelectual formado por corrientes liberales y de izquierda. Sin embargo, esta unión se fue disolviendo al entrar en la década del sesenta, con el triunfo de la Revolución Cubana, los focos guerrilleros latinoamericanos y argentinos, la creciente represión a las agrupaciones sindicadas como revolucionarias, y también la relectura del peronismo propiciada desde la izquierda. Esto llevará más tarde al conocido proceso de peronización de una gran parte de los sectores medios e intelectuales. En este contexto, el humanismo sartreano fue cediendo paso a la recepción de nuevas corrientes intelectuales.²²

A partir de su ruptura con el liberalismo, el campo intelectual "progresista" se estructuró en torno al marxismo, que no sólo constituyó el eje aglutinante del campo intelectual "de izquierda", sino el vehículo a través del cual se legitimaron autores y corrientes hasta entonces mar-

creta y familiar. El peronismo *in toto*, o algunas de sus líneas internas, jugaron un papel central en los primeros ensayos de la DSN hasta que la Revolución Cubana y su posterior pronunciamiento marxista-leninista suministró la justificación faltante para que los nacionalismos populares pudieran incluirse, cómodamente, en los izquierdismos totalitarios (López, 1987: 155-159).

²¹ Neiburg, 1993 y 1995.

²² Terán, 1991: 17-26.

giniales o subestimadas por dicha intelectualidad.²³ El papel ordenador del marxismo permitió el pasaje del ideal del "compromiso" al del "intelectual revolucionario"²⁴ que, si bien fue gestado en el primer lustro de la década del sesenta, adquirió dimensiones hegemónicas tras el nuevo golpe de estado de junio de 1966 y los sucesos que llevaron a la victoria del peronismo en 1973.

En un campo sumamente dinámico, la intelectualidad adoptó procedimientos de legitimación y lenguajes políticos que conllevaron una radicalización de sus posturas, tendientes a disolver los límites y las reglas de consagración académicas y profesionales, para abandonarse al modo específico de acción política que había ganado a la sociedad argentina entre fines de los sesenta y principios de los setenta.²⁵

Los procesos señalados tuvieron también su expresión en los ámbitos académicos. Los conceptos de "modernización" y "desarrollo" no sólo implicaban la incentivación del capital privado y la inversión tecnológica, sino también el impulso a la ciencia y las instituciones académicas en general. Esencial para este propósito fue la reestructuración de la universidad a partir de 1955, concebida como agente dinamizador del cambio social, lo que fue acompañado de una profunda reforma institucional. Se dejó cesantes a los docentes sospechados de simpatizar con la gestión depuesta,²⁶ y se reincorporó a quienes habían sido expulsados entre 1945 y 1955. La normalización universitaria se efectivizó concursándose todos los cargos docentes: para acceder a ellos los candidatos debían declarar en forma pública su no compromiso con el "régimen" saliente y demostrar también "capacidad académica".²⁷

²³ Así, el hecho de que el filósofo francés Louis Althusser -propiciador de una relectura de Marx en clave estructuralista- recomendara un "retorno" a Freud, bastó para legitimar el psicoanálisis entre amplias capas intelectuales. Como señala Hugo Vezzetti (1992), el primer artículo de Masotta sobre Lacan: "Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía" (1965), debe referirse simultáneamente al marxismo, a Sartre, a la fenomenología, al estructuralismo y al psicoanálisis. Además, es publicado en *Pasado y Presente*, la revista de los gramscianos argentinos expulsados del Partido Comunista.

²⁴ Terán, 1991: 22.

²⁵ Neiburg, 1993 y 1995. Otros análisis prefieren ver allí una muestra de la autonomía del campo intelectual, para el cual la política sólo constituía un imaginario protector (Sigal, 1991: 249-251).

²⁶ Neiburg, 1993.

²⁷ Neiburg, 1993. Véase además nota 33 en este trabajo.

A esto siguió una nueva organización académica basada en departamentos.²⁸ En el plano curricular, las transformaciones incluyeron la reforma y actualización de los planes de estudio de las carreras existentes, así como la creación de carreras consideradas cruciales para la capacitación de agentes que impulsaran la "modernización" y el "desarrollo" científico-tecnológico. Así, en 1957, a las tradicionales Filosofía, Letras, Geografía e Historia de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) se agregaron Sociología, Psicología y Ciencias de la Educación.

Estas nuevas carreras fueron parte del programa de "modernización", ya que aspiraban a contribuir con el conocimiento "científico" de la realidad social argentina. Dichas carreras serían las encargadas de estudiar científicamente conductas sociales e individuales y, más específicamente en el caso de Sociología, de comprender la naturaleza del peronismo y la adhesión de los sectores populares, dando cuenta de la nueva Argentina de masas y de la "irracionalidad" política de los seguidores de Perón. Esto fue expresión del proyecto oficial de "desperonización de las masas populares", concebidas como "obstáculo al desarrollo" por su adhesión a un líder carismático que les impedía convertirse en un proletariado "moderno y democrático".²⁹

El sociólogo Gino Germani (1911-1979) fue la figura central en este novedoso mapa. Verdadero héroe cultural y "padre fundador" de la sociología autodenominada "científica" en la Argentina.³⁰ Germani concebía como inseparables la "modernización" universitaria y la nacional, siendo para ello necesario contar con especialistas que analizaran la coyuntura nacional como una etapa de "transición". La profesión del sociólogo labraba su legitimidad en el nuevo contexto.³¹ Difusor de las corrientes sociológicas y antropológicas anglosajonas y enemigo de la tradición espiritualista, especulativa y antipositivista alemana que predominaba en América Latina -excepto en México-,³²

²⁸ Como consecuencia de la reforma después del golpe de 1955, se crearon departamentos en torno a los cuales las nuevas autoridades de la UBA planeaban hacer girar las tareas de "docencia" e "investigación" en la Universidad. Ellos eran Historia, Geografía, Filosofía, Ciencias de la Educación, Psicología, Sociología y Ciencias Antropológicas (Neiburg, 1993: 283-284).

²⁹ Terán, 1991; Sigal, 1991; Neiburg, 1993.

³⁰ Neiburg, 1993. En el mismo trabajo, puede encontrarse un perfil biográfico-intelectual.

³¹ Neiburg, 1993:311-312.

³² Neiburg, 1993: 275-277. Adviértase que la crítica de Germani al predominio alemán en Latinoamérica abarca al ensayismo sociológico y la filosofía, aunque también explica los paradigmas vigentes en la antropología de entonces.

compartió el proyecto reformista,³³ además, con profesores relevantes de otros departamentos y cátedras, notablemente el historiador José Luis Romero -titular de la cátedra de Historia Social en el Departamento de Historia-,³⁴ y con el psicólogo Enrique Butelman³⁵ -titular de la cátedra de Psicología Social y luego a cargo del Departamento de Psicología-.

En el período posperonista que, con el paso del tiempo, sus protagonistas recuerdan como la "Edad de Oro" de la universidad argentina, florecieron la investigación y la formación, la recepción de las transformaciones científico-tecnológicas, y la proximidad con las principales corrientes mundiales de producción científica. Pero este proceso se vio interrumpido por un nuevo golpe militar en 1966, que suspendió la autonomía universitaria -reimplantada en 1956- e inició la primera "fuga de cerebros" en busca de ámbitos de investigación protegidos y confiables.

Es en esta coyuntura de florecimiento intelectual y universitario, pero también bajo un sistema político de democracia restringida, inestable y sujeta a supervisión por las fuerzas armadas, que nació la carrera de CA de la UBA.³⁶ Sin embargo, y tal como intentaremos mostrar

³³ Neiburg, 1993: 319-320. Germani organizó las actividades en torno a dos proyectos de investigación, uno sobre estratificación y movilidad social en Buenos Aires, y otro sobre el impacto de la inmigración masiva en el Río de la Plata, esta última hecha juntamente con el Departamento de Historia (Neiburg, 1993: 316).

³⁴ Neiburg, 1993: 316.

³⁵ Butelman fundó también (junto a Jaime Bernstein) la editorial Paidós. Con Gino Germani crearon la colección "Biblioteca de Psicología Social y Sociología", que difundió en el medio académico-intelectual argentino la obra de autores como E. Fromm, R. Aran, K. Popper, K. Lewin, C. Wright Mills, G. H. Mead, y los antropólogos B. Malinowski, M. Mead y L. White, entre otros. Adviéntase la importancia que representó este espacio para la divulgación de producción antropológica, incluso en la misma carrera de CA.

³⁶ El surgimiento de CA en 1958 es el corolario de una larga cadena de antecedentes. Paralelamente a la institucionalización de la antropología hacia 1906 en el Museo de Ciencias Naturales de la ciudad de La Plata (MCNLP), se creaba en 1904 en la UBA el Museo Etnográfico (ME). Éste debía albergar los estudios antropológicos, arqueológicos y etnográficos, siendo la primera institución sudamericana creada con tal finalidad (Fígoli, 1990: 123). El ME partía de la cátedra de Arqueología Americana fundada por Samuel Lafone Quevedo (1835-1920) en la misma Facultad, que se dictaba en la carrera de Historia (Fígoli, 1990:155). Desde 1903, la FFyL contaba con una cátedra de Antropología, a cargo de Roberto Lehmann Nitsche (1872-1938); su contenido programático consistía, fundamentalmente, en antropología física (Fígoli, 1990: 125). En 1947 se creó el Instituto de CA en la FFyL. En 1952 la misma facultad estableció el otorgamiento de los títulos de licenciado en Filosofía, Letras o Historia con mención de la especialidad a que los aspirantes se habían dedicado, lo

en las páginas siguientes, el mundo académico de la antropología en la UBA mantuvo una relación muy particular y hasta conflictiva con el proyecto que animó a las carreras "modernas", expresado tanto en las relaciones externas con otros contextos académicos como en la constitución interna de su campo. La cuestión reside en establecer de qué modo esta novel carrera participó de este proyecto, cómo se insertó en el espacio configurado por las otras carreras humanísticas y sociales, y qué vínculos mantuvo con ellas.

II. Una nueva institución para una vieja disciplina

1. La creación

Diferentes testimonios atribuyen la paternidad de CA al epistemólogo Mario Bunge,³⁷ a los antropólogos José Imbelloni, Oswald Menghin y Fernando Márquez Miranda³⁸ y a la primera carnada de estudiantes.³⁹ En dos actas de las sesiones ordinarias del Consejo Directivo

cual habilitó la posibilidad de especializaciones en materias antropológicas (básicamente, antropología física y arqueología). Y en 1957 se creó en MCN de La Plata la licenciatura, orientada a la bioantropología y la arqueología (Schuster et al., 1989: 72). También pueden considerarse: la fundación de la Sociedad Argentina de Antropología en 1936, cuya finalidad era profundizar los estudios antropológicos en el país; la independización de los cursos que integraban la carrera de técnicos para el Servicio de Museos en la FFyI, hacia 1950; y la creación en 1954 de la licenciatura en Folkllore a través del impulso de Augusto Cortázar.

³⁷ En un discurso de homenaje que Lafón pronunciara en 1965 conmemorando el fallecimiento de Márquez Miranda en 1961, llama al filósofo Mario Bunge "Padre oficial de la carrera en nuestra Facultad" (Lafón, 1967: 14). Al mismo tiempo, ubica al primer plantel de profesores como únicos impulsores del proyecto académico: "Después de haber sido el promotor de la carrera de Ciencias Antropológicas y organizador de todo su plan de estudio en la Universidad Nacional de La Plata, al año siguiente, integró Márquez Miranda el conjunto de profesores que contribuyó con su esfuerzo al nacimiento, al funcionamiento y la consolidación de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas en nuestra Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires..." (Lafón, 1967: 13-14).

³⁸ Fernández Distel, 1985: 91.

³⁹ La versión fue expuesta por una de las primeras egresadas, Mirtha Lischetti, en unas Jornadas de conmemoración de la creación de la carrera en Buenos Aires, los días 24 y 25 de noviembre de 1988, de las que participaron gran parte de los antropólogos argentinos. Según el relato de Lischetti, la carrera fue el fruto de la voluntad estudiantil; cursando el segundo año de la carrera de Historia, habrían tomado contacto con Bórmida, por entonces a cargo de la cátedra de Antropología, y con Márquez Miranda, profesor de Prehistoria y Arqueología Americana, comunicándoles su deseo de crear una carrera de Antropología. Seguidamente, los estudiantes elaboraron una propuesta, que llevaron al decano (CGJA, 1989: 11).

de la FFyL de 1958, constan los debates que precedieron la creación de una Carrera de Antropología y destacan el papel de Bunge, por entonces consejero profesor. En la sesión del 18 de agosto, Bunge había presentado un proyecto de creación de carrera; al mismo tiempo, un representante estudiantil (Julio César González) señalaba que un proyecto similar estaba a consideración del Departamento de Historia, y solicitaba que el proyecto que manifestaba Bunge podía ser también pasado al mencionado departamento. En la sesión del 1º de septiembre se consideró la creación de la carrera, con la presencia de varios profesores de antropología interesados. Allí, Bunge expresó que

[...] en varias ocasiones miembros del distinguido núcleo de arqueólogos, antropólogos, etc, con que cuenta la Facultad, han elevado proyectos a distintos decanatos e intervenciones sobre la creación de la carrera de ciencias antropológicas. El país necesita contar con un grupo adecuado de graduados en ciencias antropológicas. En la actualidad hay muchas instituciones que carecen del personal técnico adecuado. Hay once museos, institutos y departamentos universitarios que se ocupan de estas materias; existen aproximadamente diez museos provinciales, casi todos en manos de "amateurs", y no menos de dieciséis cátedras universitarias en todo el país. También es necesario tener en cuenta el trabajo de campaña a regiones enteras que deben ser exploradas, y colecciones en manos de particulares que deben ser clasificadas. Existe finalmente un problema social importante: los indígenas que ni están asimilados ni se conservan en sus condiciones primitivas, por no hablar de los centenares de miles que esperan la labor del antropólogo [...] La Facultad ya cuenta con un núcleo importante de investigadores: los profesores Menghin, Palavecino, Márquez Miranda, Alberto Rex González⁴⁰ -que pronto vendrá-, Lafón, Bórmida y otros que ya han formado discípulos [...] Las condiciones ya están maduras para la creación de esta licenciatura que va a ser la más barata de todas.⁴¹

En esta intervención, Bunge alude a anteriores intentos truncos por crear la carrera, a la existencia de instituciones particulares, a la necesidad de incrementar las investigaciones y organizar los materiales museísticos, a la problemática de los indígenas (objeto empírico espe-

⁴⁰ La mención de Rex González (profesor en La Plata) es llamativa, pues no participó del cuerpo de profesores original. Rex González se había doctorado en la Universidad de Columbia (Estados Unidos), y regresado al país en 1948.

⁴¹ Sesión Ordinaria del Consejo Directivo de la FFyL, 1º de septiembre de 1958.

cífico) en la extraña condición de "ni asimilados ni primitivos", a un grupo de prestigiosos antropólogos con el que ya se contaba, y, por último, a la baja inversión que implicaría poner en marcha la maquinaria institucional.

Posteriormente, se leyeron los considerandos que justificaban la creación y que constituyeron la base del texto de la resolución de creación⁴² de 1958, en la que se afirma que "[...] la etnología, la antropología, la arqueología y la prehistoria constituyen un grupo de disciplinas afines y que requieren técnicas específicas, distintas de las técnicas historiográficas". Este fragmento expresa una relación de afinidad, por un lado, entre las "ciencias antropológicas" y, por otro, una diferenciación con respecto a la "historia", en cuya carrera aquellas ciencias estaban incluidas hasta ese entonces. El eje de la distinción recae en las "técnicas" de las cuales se valían una y otra. Además, el texto reconoce que, en realidad, se trata de consagrar un saber ya existente, pues "[...] el país posee una honrosa tradición en los estudios mencionados". La continuidad de las "ciencias antropológicas" dentro de la carrera de Historia implicaba para aquéllas un estatus de "especialidad" académica; esto no se concedía con la existencia de institutos, sociedades y publicaciones específicas que le conferían autonomía disciplinaria. A esta autonomía aluden las menciones a las "técnicas específicas", por un lado, y a la "honrosa tradición", por otro.

Esta tradición, aunque implícitamente antigua, es actualizada en el documento cuando se enuncian sus potencialidades en un país que constituye, según se expresa, "una rica cantera". Esta metáfora implica definir sus objetos de estudio como un material abundante que existe en estado "natural", y que debe ser extraído para que adquiera valor (en este caso, "científico"), papel que le corresponde por igual a todas las "ciencias antropológicas". Ello recuerda la concepción decimonónica de la antropología de rescate de los vestigios de sociedades desaparecidas o de las culturas en vías de extinción. Sin embargo, esta "cantera", se aclara, "no está lo suficientemente explotada", subrayándose así la necesidad a la vez de llevar a cabo la tarea de extracción por las disciplinas pertinentes y, por lo tanto, de formar cuadros científicos para tal fin.

El decreto justifica la creación admitiendo la necesidad de "[...] estimular las investigaciones e incrementar la difusión de los conoci-

mientos de esta índole, tanto por su importancia científica cuanto por sus relaciones con los problemas sociales". La noción de "problemas sociales" constituye la marca identificatoria de la época y, además, el requisito consagratorio de la disciplina para ser aceptada en el espacio legítimo de la universidad y las ciencias sociales modernas,⁴³ puesto que, como hemos visto, éstas debían contribuir a la solución científica y técnica de problemáticas sociales concretas.⁴⁴

La resolución destaca la presencia de un grupo de cátedras existentes que podrían constituir, y que efectivamente serán, el "núcleo inicial de la carrera de ciencias antropológicas". Esto coadyuva, también, a resolver problemas presupuestarios que se generarían al crear nuevas cátedras; por ello, recomienda "[...] el aprovechamiento óptimo de las existentes [cátedras] en la facultad, reduciendo al mínimo estrictamente indispensable las cátedras nuevas". En carácter de excepción, se encomienda al cuerpo de profesores "*el proyecto de incorporación de especialistas necesarios para completar el Cuerpo Investigador y docente que tendrá a su cargo el dictado de los cursos y cursillos de especialización, así como los trabajos de campaña*".

Estas dos recomendaciones tendrán consecuencias directas en la constitución de la nueva carrera. El "aprovechamiento óptimo de las cátedras existentes en la facultad" implicaba no sólo integrar al plan de estudios materias comunes al resto de las carreras, sino también constituir el núcleo básico de materias específicas con las cátedras de antropología de la carrera de Historia. Así, los contenidos propiamente antropológicos estarían a cargo de los mismos profesores que poseían cargos docentes con anterioridad a 1958, asegurando la continuidad disciplinaria.

Habíamos caracterizado los *campos científicos* como espacios de lucha; éstos producen y suponen una forma específica de *interés científico*, tanto en lo que hace al ejercicio de una actividad disciplinaria, como en la adquisición de la autoridad científica basada en el prestigio, el reconocimiento o la celebridad. La autoridad científica engloba tanto el uso de una capacidad técnica como de un poder social ori-

⁴³ La asimilación del concepto de "modernización" con la creación de carreras universitarias por entonces inexistentes puede encontrarse también en los orígenes de la carrera de Psicología. Según Hugo Vezetti, el argumento con el que se creó la carrera de Psicología fue el de la modernización, pues "era inconcebible que una universidad como la de Buenos Aires no tuviera esa carrera" (Trollio, 1992: 23-25).

⁴⁴ Madrazo, 1985.

tado hacia el monopolio de la competencia científica. Los agentes luchan por obtener posiciones privilegiadas a través de la disputa por la adquisición de su capital social específico -la autoridad científica- basada, en gran medida, en la imposición de una definición de ciencia legítima. Así, el control de los medios de producción y circulación del capital científico es crucial a los fines de conservar las posiciones privilegiadas dentro del campo.⁴⁵

Si se considera a CA parte de un campo disciplinario del cual participaba hasta allí subordinada a Historia, se pueden comprender mejor las razones y consecuencias de su emergencia. A partir de la creación de CA, los profesores que hasta entonces estaban a cargo de cátedras del Departamento de Historia adquirieron poder académico, al representar y dirigir ahora una carrera que los habilitaba para el control de la enseñanza y el ejercicio lícito de la disciplina. Ello mejoraba sus posibilidades de acceso a recursos para financiar investigaciones y publicaciones, y podían afianzar el control de los espacios de publicación universitarios.⁴⁶ Pero, sobre todo, el nuevo plantel gozaba ahora de un campo disciplinario que ya no competía dentro del campo de la historia, sino que se revelaba como autónomo y genuinamente inserto en las humanidades, lo cual les permitía legitimar su definición de ciencia sin someterse a una disputa bajo condiciones de subordinación disciplinaria.

Esta continuidad y autonomización institucional tuvo como correlato cierta continuidad en los paradigmas⁴⁷ vigentes que contrastó con otras estructuras disciplinarias en las que la ruptura institucional y paradigmática con respecto a la etapa peronista fue más pronunciada. Pero, además, la continuidad disciplinaria esgrimida en la resolución original como justificación de la creación de la carrera se prolongó en la continuidad de personalidades representativas de la "honrosa tradición" que databan de fines de los treinta. Dicha continuidad y sus efectos se expresaron más en el orden académico-científico que en el orden político, asegurando en principio la vigencia de teorías, métodos y temáticas de investigación.⁴⁸

⁴⁵Bourdieu, 1975.

⁴⁶ La universidad ya disponía de una publicación del Instituto de Antropología de la UBA, denominada *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, fundada en 1948.

⁴⁷ Para esta noción, véase Kuhn, 1992: 268-319.

⁴⁸ En FFyL de la UBA, las ciencias antropológicas se repartían institucionalmente entre el Museo Etnográfico, el Instituto de Antropología y el de Arqueología, todos a cargo de respectivos directores. La nueva institución a cargo de la organización de la carrera será el Departamento.

2. *El primer plantel de profesores*

Como hemos señalado, la "Revolución Libertadora" impuso la exclusión de aquellos profesores universitarios sospechosos de adherir al gobierno depuesto. Tal fue la situación del arqueólogo Eduardo Casanova, director del Instituto de Arqueología, y de José Imbelloni, quien había dominado el panorama intelectual de la antropología argentina entre 1930 y 1955, y había ejercido el control institucional a través de la dirección del Instituto de Antropología en la UBA y la cátedra homónima.⁴⁹

El nuevo cuerpo académico quedó integrado por los arqueólogos Fernando Márquez Miranda (fallecido en 1961), Oswald F. A. Menghin (1888-1973) y Ciro Rene Lafón (nacido en 1923); el etnógrafo Enrique Palavecino (1900-1966); los especialistas en folklore Augusto Raúl Cortázar (1910-1974) y Armando Vivante (nacido en 1910); y, en pasaje de conversión de la arqueología a la etnología, Marcelo Bórmida (1925-1978).

En este plantel, Márquez Miranda y Palavecino "ostentaban" ante las autoridades el "prestigio" de haber sido dejados cesantes de la universidad durante el peronismo. Esto representaba, sin duda, una divisoria de aguas interna con respecto a Lafón, Bórmida, Cortázar (quienes habían asumido como profesores poco antes del golpe) y Menghin. Todos ellos atravesaron con éxito el umbral de septiembre de 1955. Las causas de su permanencia son oscuras, y a veces sorprendentes, como veremos en el caso de Menghin. Pero conviene ahora destacar que estas continuidades interrogan la visión usual acerca de la reorganización de la universidad posperonista, y reducen el carácter preponderante que se le adjudica a las pruebas de no compromiso con el peronismo.⁵⁰

El plantel de la flamante carrera había abrazado los estudios antropológicos tras iniciarse en otras disciplinas; Márquez Miranda procedía de la historia tras comenzar en el derecho; Cortázar abandonó su profesión de abogado para dedicarse a la literatura; Lafón era historia-

⁴⁹ Nacido en Italia en 1885 y muerto en 1967, llegó al país en 1914 y ya en 1933 fue nombrado profesor de Antropología y Etnografía General en FFyL. Fue director del ME en 1953. Posteriormente, recaló en la Universidad del Salvador.

⁵⁰ En el caso de Sociología, la asociación nacional adherida a la Asociación Internacional de Sociología y las cátedras universitarias continuaron en manos de muchos representantes opuestos al proyecto modernizador (Sigal, 1991: 118-119).

dor, igual que Bórmida, quien se había iniciado en las ciencias naturales; Vivante era geógrafo. Por su parte, Menghin se había doctorado en Viena en filosofía y especializado en prehistoria.

Casi todos estaban a cargo de cátedras de la Carrera de Historia; Márquez Miranda, también docente en la Universidad de la Plata (UNLP) desde 1933, dictaba Prehistoria y Arqueología Americana en el Museo Etnográfico (ME) de la UBA entre 1939 y 1947; Lafón estaba al frente de la asignatura de Arqueología desde 1952; Menghin era profesor extraordinario desde 1948; Palavecino, que había trabajado en la UNLP y en Tucumán, había dictado Antropología y Etnografía General;⁵¹ Bórmida estaba a cargo de la cátedra de Antropología desde 1954, y desde 1957 era titular de cátedra; Cortázar estaba a cargo de Literatura Argentina en la FFyL, sucediendo a su maestro expulsado por el peronismo, el escritor radical y nacionalista Ricardo Rojas (1882-1957).

Con los procesos de reforma iniciados en la universidad desde 1955, se produjeron importantes cambios en el espacio disciplinario, como el ya apuntado desplazamiento de Imbelloni.⁵² La figura clave entonces fue Márquez Miranda; habiendo sido desalojado de sus cargos en universidades nacionales durante el gobierno peronista, y reintegrados los mismos tras la "Revolución Libertadora",⁵³ fue designado

⁵¹ Palavecino fue dejado cesante por el gobierno peronista en 1948.

⁵² En la revista *Runa vil* de 1956 se plantea el impacto de la "Revolución Libertadora" sobre la institución universitaria, y específicamente en la disciplina. El nombre más relevante indicado es el del arqueólogo Salvador Cañais Frau (1893-1959), dejado cesante durante la etapa peronista, quien es reintegrado a su cátedra de Antropología, y es nombrado director del ME y del Instituto de Antropología, por "[...] las nuevas autoridades universitarias, Inspiradas en el deseo de reparar las injusticias cometidas por el gobierno depuesto [...]" (*Runa vil*, 1956: 142). Cañais Frau fallece al poco tiempo, por lo que no llegó a formar parte del primer plantel de profesores de la carrera. Sin embargo, cabe aclarar que su alejamiento académico no significó el alejamiento de las instituciones nacionales en general, durante el peronismo. Entre 1947 y 1949, como vicedirector, quedó a cargo del Instituto Étnico Nacional en reemplazo del director Santiago Peralta, y entre 1949 y 1951 reemplazó en el mismo cargo a Ángel S. Taboada.

⁵³ En su curriculum vitae señala expresamente que "a principios de 1947 fue separado de todas sus cátedras y cargos universitarios por su actitud contraria a la dictadura peronista. Fue repuesto por el Gobierno de la Revolución Libertadora, en octubre de 1955" (Márquez Miranda, 1967: 17). Esto se reitera en otro trabajo del mismo volumen dedicado a su memoria, donde explica las razones por las cuales sus trabajos de investigación y publicación se suspendieron: "Entre finales de ese año y comienzos de 1947 las Universidades argentinas perdieron más de mil profesores y ayudantes de la docencia. El autor estuvo entre ellos. Por tanto, los trabajos prometidos no pudieron tener comienzo de publicación. Cuando él regresó, a fines de 1955, como decano-interventor de la Facultad de Ciencias Naturales de La Plata, cargo que involucraba el de Director del Museo por una modifica-

primer director de la flamante carrera de Ciencias Antropológicas. El otro representante de los nuevos tiempos, Palavecino, fue nombrado director del Museo Etnográfico, cargo al que agregó en 1959 el de director interino del Departamento. Los institutos quedaron en manos de dos figuras de los viejos tiempos: Lafón fue confirmado al frente del Instituto de Arqueología, cargo que ocupaba interinamente desde 1953, en lugar de Casanova, y Bórmida fue entre 1958 y 1963 director interino del Instituto de Antropología.

Sin embargo, estos cambios institucionales no significaron una reorientación que afectara cierta continuidad teórica. Éste es el caso de Menghin, cuyo pasado estaba vinculado al régimen nacionalsocialista, cuestión que tomará en algún momento ribetes dramáticos.⁵⁴ Nacido en Meran (Südtirol) y doctorado en la Universidad de Viena (1910), fue funcionario de la universidad y del estado de la Austria previa a la ocupación por el ni Reich en marzo de 1938.⁵⁵ Llegado a la Argentina en 1948 tras un trienio de oscuro destino, se integró a la UBA y desde entonces conservó su cargo docente, el cual fue renovado hasta 1963 con plena aprobación de las autoridades universitarias.⁵⁶

ción de los estatutos practicada durante el régimen depuesto, se encontró con que una extensa monografía que había entregado antes de su cesación de servicios, al Museo, no había sido nunca publicada y había, en cambio, envejecido en este largo lapso" (Márquez Miranda, 1967: 59).

⁵⁴ Poco antes del golpe de 1966, un grupo de consejeros estudiantiles presentó en el Consejo Directivo de la FFyL documentos que probarían la participación de Menghin en el régimen nazi. En dicha oportunidad, Bórmida -consejero profesor- asumió la defensa de Menghin (*Actas del Consejo Directivo, FFyL, UBA, 1966*).

⁵⁵ En 1914 fundó la "Sociedad Vienesa de Prehistoria". Su carrera alcanzó en los años siguientes sus picos más altos; entre 1928 y 1929 fue decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Viena, para pasar una estancia en El Cairo entre 1930 y 1933 como profesor residente en la Universidad Egipcia. Fue "Rector Magnificus" de la Universidad de Viena entre 1935 y 1936, y en 1938 fue designado ministro de Educación de Austria por apenas dos semanas, poco antes de la ocupación alemana en marzo de dicho año ("Curriculum Vitae Prof. O. Menghin", 1963). Tras la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial, Menghin huyó a la Argentina, donde llegó en 1947.

⁵⁶ El por entonces decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Marcos Morínigo, firmó una nota dirigida al rector Rizieri Frondizi presentando a Menghin como "una celebridad mundial en prehistoria". En la misma nota, consta que Menghin fue rector en la Universidad de Viena, y que su llegada al país en 1948 ha sido producto de una "invitación por el Gobierno Nacional". Morínigo defendía la contratación de Menghin sosteniendo que el mismo aportaría amplios conocimientos y estudio metódico de los materiales arqueológicos acumulados en los museos, y promovería investigaciones específicas. La revista *Runa IX* de 1958-1959, bajo la firma de Palavecino, fue dedicada a Menghin en homenaje a sus por entonces doce años de residencia en el país ("Pedido de nombramiento al cargo de profesor", 1963).

La permanencia de Bórmida y la ratificación de su maestro en Prehistoria Menghin no sólo aseguraban la supervivencia de la teoría histórico-cultural, sino que prolongaban, a su vez, la genealogía fundada por el otro maestro de Bórmida, Imbelloni, pese a su exclusión. Pero la distribución inicial de los cargos directivos de la nueva carrera parecía resultar en un empate entre liberales identificados con la "Revolución Libertadora" como Márquez Miranda, y supuestos "pro-peronistas", pero más probablemente pensadores no liberales. Sin embargo, tras la muerte del primer director de la carrera en 1961, Bórmida y Menghin concentraron mayor poder; Bórmida, designado director interino del Departamento entre 1962 y 1964, fue la figura política y académica central en los años siguientes.⁵⁷ Bartolomé lo denomina "el brillante, aunque contradictorio zar de la etnología en la Universidad de Buenos Aires, hasta su muerte en 1978".⁵⁸ En una entrevista que Estela Gurevich le realizara en 1989 al recientemente fallecido Blas Alberti (primer antropólogo graduado en la nueva carrera), éste expresó que Bórmida fue el único profesor que poseía un proyecto ideológico y político. Asimismo, Madrazo sostiene que las nuevas condiciones políticas generadas después de 1955 terminaron favoreciendo a Bórmida y Menghin; ambos permanecieron en la universidad con gran gravitación política y teórica, que terminó de consolidarse con el golpe de 1966.⁵⁹

3. La orientación disciplinaria

El plan de estudio⁶⁰ integraba cinco instancias: un ciclo introductorio de cuatro materias obligatorias; diecisiete materias básicas obligatorias; una lista de veintitrés materias complementarias (de las cuales los estudiantes debían elegir por lo menos cuatro); cursillos de especialización en alguna de las orientaciones de especialización en

⁵⁷ Tras el golpe de estado de 1966, y la feroz represión desatada por la policía en el seno de la universidad (conocida como "Noche de los Bastones Largos") que concluyera con masivas renuncias de profesores, Bórmida volverá a ser director del Departamento en julio de 1966.

⁵⁸ Bartolomé, 1982:7.

⁵⁹ Madrazo, 1985:36-40.

⁶⁰ Existe un borrador de proyecto para la naciente carrera probablemente redactado por Menghin, que finalmente no llegó a ser aprobado. El mismo constaba de cinco años, prevaleciendo las materias de Arqueología y Prehistoria; como aspecto saliente, concedía gran importancia al estudio de la lengua y la cultura greco-latina.

que se dividía la carrera (Etnología, Arqueología y Folklore), y, finalmente, idiomas.

El primer ciclo incluía introducciones a la Historia, la Filosofía, la Sociología y las Ciencias Antropológicas, lo que ya permitía el contacto de los alumnos de CA con estudiantes y profesores de las otras carreras de la facultad. De las diecisiete materias obligatorias, doce pertenecían al departamento de CA y se dictaban en el edificio del Museo Etnográfico: cuatro correspondían a Etnología, tres a Arqueología y Prehistoria, tres a Folklore y una a Antropología Física.

Las cinco materias obligatorias restantes las dictaban otros departamentos. Sociología aportaba dos -además de Introducción a la Sociología-, Sociología Sistemática y Antropología Social; al igual que Geografía, que dictaba Introducción a la Geografía y Geografía Humana; por último, Letras aportaba una, Lingüística. Las asignaturas complementarias se agrupaban en bloques según su proyección: etnohistórica, antropológico-social, etno-filosófica, bio-psicológica y antropogeográfica. Las materias pertenecían a los departamentos de Historia, Sociología, Filosofía, Psicología y Geografía. Finalmente, los alumnos contaban con las tres orientaciones de especialización ya mencionadas. El plan requería a los estudiantes tomar cursos en algunas de las ramas de especialización, y llevar a cabo en la opción elegida trabajo de campo.

Este contacto de los estudiantes de CA con las restantes carreras era crucial para acceder a autores y temáticas que no se atendían, por lo general, en la propia carrera; allí prevalecían corrientes y autores de la Escuela Histórico-Cultural, aunque como veremos el panorama era más complejo.

Originada en Austria y Alemania en la primera década del siglo xx, la Escuela Histórico-Cultural fue la primera reacción contra el evolucionismo decimonónico. Se sostenía que los bienes culturales se difundían desde centros geográficos originales y no, como afirmaban sus contendientes, por evolución a través de estadios secuenciales, paralelos y comunes a toda la humanidad.⁶¹ Introducida en el país por

⁶¹ F. Ratzel y L. Frobenius son antecesores de esta escuela, integrada por F. Graebner y B. Ackermann, representantes de la rama alemana, y el padre W. Schmidt, M. Gusinde, W. Koppers y O. Menghin, entre otros (rama austriaca, Boschín y Llamazares, 1984). Se dividió en *Volkerkunde*, o *antropología ultramarina fundada en la antigua geografía humana*, y *Volkskunde*, la etnología practicada dentro del territorio nacional descendiente de la *Statistik* (en el sentido del siglo xix, descripción etnográfica del territorio nacional) y la filología. Ambas disciplinas compartieron la preferencia

Imbelloni -quien la puso al servicio de su proyecto de clasificación de los "patrimonios culturales", con el fin de contribuir al desarrollo de los orígenes del "hombre americano"-,⁶² adquirió en los años siguientes, y hasta entrada la década del setenta, un carácter de paradigma⁶³ al que adhirieron representantes muy diversos de la disciplina en Buenos Aires.

Ligado a esta escuela, Bórmida imprimió su sello a la naciente carrera.⁶⁴ Había comenzado dictando Etnología General en 1959, donde desarrollaba su concepción del desenvolvimiento de la disciplina,⁶⁵ defendiendo las aproximaciones histórico-culturales⁶⁶ y la conceptualización de los sujetos de estudio como "bárbaros".⁶⁷ Contemplaba corrientes como el evolucionismo decimonónico y el materialismo histórico (en la versión de F. Engels), a los que clasificaba dentro del "ma-

por los estudios areales y geográficos en vez de la diferenciación social (lo que se expresaba en el desarrollo del diffusionismo y el concepto de área cultural -*Kulturreis-*, que tuvo gran influencia en la antropología norteamericana), una clara distinción entre los aspectos materiales y no materiales de la cultura, y un cierto interés en la dimensión psicológica de la cultura (*Volkgeist*), también influyente en los Estados Unidos. Uno de los pocos que rechazó el diffusionismo germano en favor de perspectivas antropológicas vinculadas con las escuelas francesa e inglesa fue Richard Thurnwald (1869-1954) (Schippers, 1995: 236-237).

⁶² Fígoli, 1990 y 1995.

⁶³ La situación no era, de todos modos, extraordinaria. La etnología alemana gozó de gran prestigio tras la Primera Guerra Mundial, y entre 1920 y 1930 muchísimos antropólogos europeos recibieron su formación en Berlín (Shipper, 1995).

⁶⁴ Algunos de quienes fueron alumnos de Bórmida en los inicios de la carrera lo recuerdan como el profesor más influyente. Hugo Ratier expresaba: "Yo creo que Bórmida tuvo una gran influencia en la carrera, tanto que todavía lo estamos discutiendo. Hace diez años que murió. Creo que fue, sin duda, la figura más importante de la antropología argentina. Lo dijo una vez (Eduardo) Menéndez y se le enojaron. Y sí, es importantísimo, no es mi preferido. Además siempre se afianzó como poder, siempre supo esperar su oportunidad, siempre fue esperando los gobiernos autoritarios. Supo seducir a unos cuantos, era una figura muy seductora. Era una figura joven, buen profesor, diagramaba las clases, uno le buscaba el mensaje" (Entrevista de Estela Gurevich, 1989). También era coincidente la visión de Blas Alberti: "Él intentaba formular una perspectiva teórica universalista, fundada en Hegel. Y de Hegel es muy posible saltar a la crítica de Hegel por la vía de esa idea de totalidad histórica y cultural. A los que lo seguimos primero, sus mejores discípulos como Menéndez y yo, esta concepción nos impuso una perspectiva crítica" (Entrevista de Estela Gurevich, 1989).

⁶⁵ Bórmida, 1958-1959a y b.

⁶⁶ Bórmida, 1956.

⁶⁷ Bórmida, 1958-1959a y b.

terialismo";⁶⁸ prestaba gran atención, además de la Escuela Histórico-Cultural austro-germana, a la Escuela Difusionista de Manchester y a las escuelas difusiónistas norteamericanas. Abordaba también el funcionalismo y la antropología social, el neoevolucionismo, la etnología italiana representada por De Martino⁶⁹ y las corrientes fenomenológicas y existenciales, exemplificadas por E. Volhardt y M. Eliade.⁷⁰ Finalmente, siguiendo las preocupaciones de la Escuela de Viena, analizaba el desarrollo de las teorías sobre la religión primitiva, desde la concepción degenerativa cristiana hasta los desarrollos de A. Lang, W. Schmidt y R. Pettazoni, junto a una crítica de las "teorías evolucionistas", entre las cuales incluía a E. Durkheim y M. Mauss.

El énfasis en la corriente histórico-cultural no impedía la inclusión crítica de otras líneas teóricas, pero la perspectiva temporal de su concepción del desarrollo histórico mundial de la etnología parece inte-

⁶⁸ Bórmida, 1958-59a y b.

⁶⁹ Gino Germani también impulsaba la lectura de *// mondo mágico*, de E. de Martino (1948), así como de otro texto caro a Bórmida, *Do Kamo. La personne et le mithe dans le monde mélanesien*, de M. Leenhardt (1947). Germani recurrió a ellos para desarrollar la temática de la emergencia del Yo, y la constitución social de la persona y el individuo. Estos autores también ocuparán un importante lugar en la producción de Marcelo Bórmida, aunque probablemente por diferentes motivos: para Bórmida, De Martino representaba la posibilidad de justificar una aproximación vivencial a los fenómenos de la cultura. "Este autor -refiriéndose a De Martino- utiliza ampliamente tanto la fenomenología de la cultura como la de la existencia, la psicología profunda y el materialismo histórico, el todo integrado dentro de la concepción crociana de historia como historia contemporánea". Y agrega: "En su obra *// mundo mágico* y en la más reciente *Morte e planto rituale nel mondo antico* demuestra claramente cómo la participación vivencial de los hechos culturales idealmente alejados de la civilización occidental implica la profundización de sus vinculaciones históricas con esta civilización y con las vivencias propias de ellas" (Bórmida, 1961: 489). Lo que para un observador contemporáneo de la antropología local puede resultar inexplicable (debido a la asociación de Bórmida con el pensamiento de derecha) es el hecho de que al introducir a De Martino y a su maestro, el filósofo italiano antifascista Benedetto Croce (1866-1952), Bórmida habilitaba un camino que podía llevar a otro de los discípulos crocianos, Antonio Gramsci, cuyos escritos sobre la cultura popular y el sentido común dieron lugar a una nueva perspectiva en la Escuela de Folklore de Alberto Cirese, Luigi Lombardi Satriani, y otros (Saunders 1984 y 1993). El aporte no sólo tenía implicaciones en el campo intelectual académico, sino en el intelectual político. Aproximadamente para la época un sociólogo cordobés y militante de una fracción minoritaria y no estalinista del Partido Comunista Argentino, José Aricó, traducía por primera vez los *Cuadernos de Pasado y Presente* al castellano.

⁷⁰ Además, se ocupaba de cuestiones tales como "la estructura de la cultura" (analizando conceptos como rasgo, complejo, pauta, aculturación, etc.); la "metodología histórico-cultural"; "ergología sistemática" o "cultura material"; elementos de organización social (desde matrimonio y familia a gobierno, estado y estratificación social, pasando por clanes, linajes, clases de edad, etc.); "economía"; "derecho de propiedad"; "magia y religión"; "arte"; "mito" (Programa de Etnología General, 1959).

rrumpirse entre las décadas del treinta y cuarenta; ello podía implicar un retraso teórico importante para el medio local,⁷¹ pero entrañaba fundamentalmente el desconocimiento de la moderna antropología británica, y una perspectiva teoricista en la presentación de las escuelas antropológicas.

Sin embargo, las adscripciones políticas no se correspondían necesariamente con visiones teóricas; el liberal Márquez Miranda había sido un ferviente difusor del pensamiento histórico-cultural de F. Graebner.⁷² El consenso teórico, la fidelidad a autores y escuelas, métodos y temáticas de investigación y los estilos de trabajo de campo en arqueología y etnografía⁷³ que se habían establecido desde la década del treinta podían reunir a una comunidad a la que la política nacional, sin embargo, había desunido.

No obstante, también podían observarse diferencias internas. Por ejemplo, Cortazar difundía el funcionalismo de Malinowski, que aplicaba a su modo en sus estudios sobre el folklore del noroeste argentino; Palavecino seguía de cerca el culturalismo norteamericano y, en menor medida, de la escuela británica. Su bibliografía, comparada con la que ofrecía Bórmida, se acercaba más al concepto de ciencia social empírica dominante en Sociología.⁷⁴ Esto permitía a los estudiantes entrar en contacto con las tradiciones anglosajonas -especialmente norteamericanas-, aun cuando muchos de estos textos sólo eran impartidos oralmente por los profesores, a falta de traducciones. No obstante, en su pasado Palavecino también había sido alcanzado por la influencia histórico-cultural, que derivó en los estudios areales de "patrimonios culturales" basados en autores como A. L. Kroeber, C. Wissler y G. Murdock.

⁷¹ Boschín y Llamazares, 1984.

⁷² Márquez Miranda, 1940, 1941 y 1943.

⁷³ Éste ha sido un punto descuidado en la mayoría de las historias de la antropología argentina, en especial el trabajo de campo etnográfico. En la época de la creación de la Carrera, se estaba generalizando el uso de la guía para la recolección de datos culturales de G. Murdock.

⁷⁴ La bibliografía incluía la *Antropología teórica* de D. Bidney, de 1953; *Hombre y cultura*, la compilación sobre Malinowski de R. Flirth, de 1956; la etnografía *New Uves for oíd*, un texto de M. Mead de 1956 donde estudiaba comparativamente los cambios registrados entre los Manus de Nueva Guinea entre 1930 y 1956; un trabajo sobre integración cultural de Andrey Richards, *Hunger and Work in a Savage tribe*, de 1932; *Acculturation: a study oí cultural contad* de 1938, de M. Herzko-vitz; *Anthropology today*, de Kroeber, de 1953.

En efecto, la buena convivencia en la casa antropológica no estaba amenazada por las preferencias teóricas. Fue desde el claustro de estudiantes donde comenzaron a hacerse sentir las voces del disenso y la oposición, pero este movimiento se produjo tiempo después de creada la carrera. Y fueron ellos quienes iniciaron, efectivamente, un movimiento contestario por la "modernización" de la carrera bajo la consigna combativa de la "Antropología Social".

4. La querella por la "Antropología Social"

Como hemos señalado, la carrera contemplaba el cursado de una materia denominada Antropología Social, pero que se radicaba en el Departamento de Sociología. La misma se empezó a dictar en 1962, siendo su titular el antropólogo norteamericano Ralph Beals, invitado por Germani. Su programa enfocaba el trabajo de campo, el concepto de cultura, las relaciones y límites entre sociología y antropología, historia de la antropología, con énfasis en la antropología social, parentesco, antropología política, conceptos de función y estructura, ecología cultural, evolucionismo, sistemas adaptativos en comunidades "en diferentes grados de evolución", incluyendo estudios de contextos urbanos, estudios etnográficos de culturas nacionales, cuestiones de aculturación/contacto cultural, y cultura y personalidad. En la amplia bibliografía requerida prevalecían autores de las tradiciones inglesa y norteamericana.⁷⁵ Beals aportó textos que no circulaban por entonces en los medios académicos argentinos; pero también se sirvió de la bibliografía ya existente que proporcionó el mismo Departamento de Sociología a través de su sistema de traducciones.⁷⁶ Una

⁷⁵ Entre otros, R. Lowie, B. Malinowski, S. Nadel, A. R. Radcliffe-Brown, M. Fortes y E. E. Evans-Pritchard, R. Linton, J. Steward, L. White, R. Manners, O. Lewis, R. Redfield, R. Benedict, M. Mead y G. Foster. También aparecían autores de la tradición francesa como Durkheim y C. Lévi-Strauss, y hasta latinoamericanos como G. Aguirre Beltrán (Programa de Antropología Social, 1962).

⁷⁶ Se contaba con numerosas traducciones al castellano realizadas por la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica: *Cultura y personalidad* y *Estudio del hombre*, de R. Linton (1945); *Antropología*, de C. Kluckhohn (1949); *El hombre y sus obras*, de M. Herskovitz (1952); *Fundamentos de Antropología Social*, de F. Nadel (1955). Algunas editoriales nacionales publicaron: de Ruth Benedict, *El hombre y la cultura (Patterns of culture)*, traducción de León Dujovne de 1939 editada por Sudamericana en Buenos Aires; las traducciones de las obras de Margaret Mead *Adolescencia y cultura en Samoa* y *Sexo y temperamento*, ambas por editorial Abril en 1945 y 1947 respectivamente,

gran parte de este material incluía numerosos textos de antropólogos que componían el *corpus* de los cursos de Germani.⁷⁷

Para un observador extranjero de entonces, que el propio Departamento de CA no dispusiese de una cátedra de antropología social⁷⁸ podía ser tan llamativo como que la misma fuese creada en Sociología. Más sorprendente puede resultar esta circunstancia si se la compara con la situación en el contexto británico desde principios del siglo xx, donde la antropología social constituía una disciplina establecida. Si teóricamente A. R. Radcliffe-Brown, siguiendo a J. Frazer, la consideró como la rama de la sociología que trata de las sociedades primitivas,⁷⁹ institucionalmente su enseñanza e investigación recayó en los institutos y departamentos de antropología.⁸⁰

Como se recordará, por razones presupuestarias el gobierno de la universidad obligaba al aprovechamiento de todos los recursos ya existentes, incluidas las cátedras. Obviamente, el hecho de que Antropología Social formase parte del plan de estudios de CA evidencia que el cuerpo de profesores que imaginó la carrera no era refractario a la misma, pero no deja de sorprender que la materia no contase con profesor a cargo hasta 1962, y que el mismo fuese convocado por el Departamento de Sociología y no por CA. Esto revelaría el escaso interés que despertaba en el plantel docente una disciplina calificada como "demasiado sociológica", pero al mismo tiempo la falta de antropólogos locales capacitados para dictarla, y la decisión de convocar a un

a los que habría que añadir la traducción realizada por A. Cortázar de *Una teoría científica de la cultura*, de B. Malinowski, ya mencionada; todos estos textos habituales en los cursos de Germani. La lista podría ampliarse con: F. Boas, *Cuestiones fundamentales de Antropología Cultural (The mind of primitive man)*, editada por Lautaro en 1947; de L. Levy-Bruhl, *Las funciones mentales en las sociedades inferiores*, editorial Lautaro, 1947, y *La mentalidad primitiva*, editorial Leviatán, 1957; Ernesto de Martino, *Magia y civilización*, editada por Claridad, 1948. Esta muestra prueba la existencia anterior a 1958 de un público no necesariamente "antropológico", dispuesto a la recepción de estas obras, cuestión que merece ser indagada con mayor atención.

⁷⁷ Por ejemplo, se tradujo un artículo de Malinowski, "Cultura", de la *Encyclopaedia of the Social Sciences*; capítulos de *Do Kamo*, de Leenhart, y un resumen de *Il Mondo Mágico* de De Martino.

⁷⁸ Como comparación, en 1908 James Frazer inauguraba en la Universidad de Liverpool la primera cátedra a nivel mundial de Antropología Social. Sin embargo, antropologías de los países centrales como la francesa recién tuvieron una cátedra en 1958, en el Colegio de Francia, en cuyo acto de apertura Lévi-Strauss pronunciara su célebre discurso.

⁷⁹ Radcliffe-Brown, 1986: 11.

⁸⁰ Kuper, 1973.

académico extranjero para la tarea. Con este capital sí contaba Germani, quien antes de la llegada de Beals había demostrado su interés por difundir autores provenientes del campo antropológico, particularmente anglosajón.⁸¹

En efecto, en su programa de Introducción a la Sociología de 1959, subtitulado "Aspectos de la crisis contemporánea", la primera unidad se denominaba "Conceptos preliminares de sociología y antropología social". Allí desarrollaba el concepto de cultura y sus relaciones con la sociedad y la personalidad.⁸² En otra materia que tenía a su cargo, Sociología Sistemática, Germani insistía en temáticas y autores antropológicos, a los que agregaba un profuso panorama sobre el concepto de estructura social, donde comparaba las teorizaciones de Radcliffe-Brown y el por entonces novedoso y casi desconocido C. Lévi-Strauss.⁸³ Estos autores, como ya hemos destacado, casi no circulaban en las cátedras de antropología, salvo excepciones y en mínimas proporciones, lo que prueba que las antropologías socioculturales anglosajona y francesa encontraban recepción en el país más allá y, quizás, independientemente del campo antropológico local.

Dado que ambas materias, Antropología Social y Sociología Sistemática, formaban parte del plan de CA, sus temáticas y autores encontraban difusión entre su público estudiantil, el cual probablemente podía quedar desconcertado al recibir una "antropología" que no se impartía en su propia carrera. Precisamente, diferentes testimonios revelan que, al poco tiempo de iniciada CA, muchos estudiantes pusieron su atención en la Carrera de Sociología para paliar lo que consideraban "vacíos en la formación".⁸⁴

⁸¹ El interés de Germani por la antropología socio-cultural quizás se deba a la influencia que tuvieron autores como Malinowski, Radcliffe-Brown y el culturalismo norteamericano en la constitución del funcionalismo sociológico en los Estados Unidos. Tampoco debería descartarse el concepto germaniano de una "ciencia social unificada".

⁸² Integraban la bibliografía autores como R. Benedict, M. Herzkovitz, B. Malinowski, R. Linton, M. Mead, C. Kluckhohn, R. Redfield, G. Murdock y F. Nadel (programas de Introducción a la Sociología y Sociología Sistemática, 1958)

⁸³ La primera edición de *Antropología estructural*, de Lévi-Strauss, la lleva a cabo la Editorial Universitaria de Buenos Aires en 1961; la traducción de la obra la realiza Eliseo Verán, con la colaboración de Eduardo L. Menéndez, alumno de la primera promoción de CA.

⁸⁴ "Ante las necesidades teóricas que iban surgiendo, nos acercábamos a la carrera de Sociología, que era más científica", rememoraba Mirtha Lischetti (CGJA, 1989: 12). En una entrevista realizada por Estela Gurevich en 1989, Edgardo Cordeu (alumno de la primera promoción) recordaba que hacia 1962 o 1963 hubo un gran desencanto con respecto a la teoría histórico-cultural en favor del

Sin embargo, aunque siempre se lo mencione, la mayoría de las historias argentinas de la disciplina no consideran este vuelco extra-departamental como decisivo para la orientación de una juventud que buscaba nuevos rumbos. Más bien, es la búsqueda de una antropología diferente lo que aparece como semilla generadora de un "horizonte utópico" o "mítico" que las primeras promociones de estudiantes comenzaron a llamar "antropología social".⁸⁵ Pero este nombre, si bien recuperaba el carácter empírico de una disciplina que estudiaba y operaba sobre el presente, se apartaba al mismo tiempo de la noción tradicional, cuya génesis británica apuntaba al estudio de las "relaciones sociales" más que al de la "cultura". "Antropología social" en el contexto porteño de los inicios del sesenta fue sinónimo de un conocimiento susceptible de ser aplicado a realidades sociales concretas.⁸⁶ Más tarde, este sentido dio lugar a otro, siguiendo el curso de los procesos de politización de los campos académico-intelectuales: una ciencia que se transmutó en praxis política.⁸⁷

La cuestión de la antropología social se transformó en factor de controversia dentro de la carrera y entre los claustros del Departamento. En 1961, Bórmida manifestó su pesimismo con respecto al futuro de esa especialidad, a la que veía como extensión del programa funcionalista al estudio de sociedades en proceso de transformación, con la finalidad de procurar un conocimiento aplicado; ello la diferenciaba de la premisa del salvataje que había guiado a la antropología argentina hasta entonces:

[...] (la antropología social) ha rebasado el campo y los fines tradicionales de la etnología y ha intentado aplicar los métodos y los principios del funcionalismo a las culturas indígenas en proceso de transcultura-

estructural-funcionalismo y de la sociología norteamericana. Señalaba como el gran objetivo de entonces la modernización de la carrera, en términos más o menos acordes con los de la Carrera de Sociología, lo que resaltaba la vetustez y tradicionalidad de los modelos transmitidos en CA frente a las metas de los sociólogos, que eran el cambio, el desarrollo.

⁸⁵ Hugo Ratier, alumno de la primera promoción (CGJA, 1989: 16).

⁸⁶ "El otro proyecto, la antropología comprometida con la realidad social..." (Herrén, 1990: 108).

⁸⁷ Terán muestra cómo la política se convirtió en dadora de sentido de todas las prácticas en el período 1956-1966 (Terán, 1991:15). La profundización de este proceso implicará el pasaje del intelectual "comprometido" (también llamado "crítico", "contestatario", "denuncialista", que conformará lo que se llamó "Nueva Izquierda") al revolucionario, quien demanda un lugar orgánico en su relación con las clases subalternas (Terán, 1991: 22).

ción occidental -y a la misma cultura occidental- con el fin de comprender y controlar los procesos de cambio. Los resultados prácticos de esta tendencia son aún muy escasos debido tanto al desinterés de las autoridades en aplicar en gran escala los consejos de los antropólogos sociales como también a grandes fallas teóricas en la labor de éstos. Es claro que la antropología social se halla todavía en una fase experimental y no parece aún muy cercano el día en que los resultados concretos compensen la enorme masa de esfuerzos realizados y la inmensa masa de materiales que se ha ido acumulando.⁸⁸

El rechazo de Bórmida se dirigió más al proyecto modernizador encarnado en Sociología, donde la materia se dictaba, que a contenidos científicos específicos. Sorprendentemente, su concepción guardaba cierto parecido con la que expresaban algunos estudiantes de entonces,⁸⁹ quienes también se inclinaron a una "antropología social" entendida como "ciencia social aplicada",⁹⁰ aunque ambas posiciones mantenían una relación especularmente inversa: negativa para Bórmida, positiva para los estudiantes. Poco después, al politizarse el campo académico-intelectual, cuando los otrora estudiantes desplazaron el sentido de "antropología social" a la práctica política comprometida, mostraron compartir, aunque no premeditadamente, la visión de Bórmida en el rechazo por las tradiciones anglosajonas.⁹¹

⁸⁸ Bórmida, 1961: 486.

⁸⁹ Blas Alberti sostenía que los alumnos más cercanos a Bórmida notaron "cuál era el desfasaje que existía entre esa teoría y nuestra propia realidad. Entonces empezamos a criticarlo, y así rompimos en forma radical con la perspectiva de Bórmida, pero yo, por ejemplo, seguí esa tradición del pensamiento europeo, que la considero más enraizada en la perspectiva totalizadora (entrevista de Estela Gurevich, 1989).

⁹⁰ Hugo Ratier señaló la relación sinónímica que existía para los estudiantes de entonces entre antropología social y "trabajar en un problema concreto". Ratier se autodefinía como un "antropólogo de base", que, entre otras cosas, trabajó en una salita de primeros auxilios que funcionaba como centro de salud, y se sumó a un proyecto dirigido por Gino Germani en la villa de emergencia de la Isla Maciel (entrevista de Estela Gurevich, 1989).

⁹¹ Bórmida fue encarnizado enemigo del estructural-funcionalismo inglés, al que endilgaba empirismo, a-historicidad y unilateralidad explicativa (Bórmida, 1961: 486). Algunas de estas críticas fueron también patrimonio de sectores vinculados al marxismo y la izquierda nacional. Así, muchos años después, Madrazo -que no pertenecía a la comunidad estudiantil porteña- todavía evocaba: "En sociología se abordaban en forma empírica aspectos importantes de la realidad nacional con vistas a la formulación de estrategias para el desarrollo, *con una orientación general funcional-estructural aerifica y científica*; en antropología no hubo una programación sistemática en las investigaciones de ese tipo ni un propósito similar" (Madrazo, 1985: 36, cursivas nuestras).

En 1965 la controversia estaba en pleno auge, y la antropología social se había convertido en un emblema académico de un sector contestatario de estudiantes. En una propuesta de plan de estudios, Latón confirmó este punto cuando abogó por que la carrera abriese sus puertas a la antropología social, como un signo de modernización pero también de nacionalización profesional:

Debe abrirse una nueva orientación no contemplada en el viejo plan, que son las llamadas "modernas extensiones de la antropología", englobadas bajo el ya vapuleado rótulo de "Antropología Social" [...] No significa en modo alguno un desprecio u olvido de las especialidades clásicas ni debe tomarse como bandera extracentífica. Es una problemática definida y está ahí, en la esencia misma de nuestra sociedad y cultura actuales, en pleno desarrollo, conflicto y lucha para consolidarse como tal, con sello propio. Y el antropólogo argentino debe conocerla con ojos argentinos, por lo menos.

Lafón se dirigía a dos audiencias. La audiencia externa correspondía al Departamento de Sociología, que se había apropiado de -sociologizado- la materia en cuestión; se trataba ahora de "antropologizar" sus contenidos, esto es, de incorporarla a la curricula de la carrera y, además, de abordar la Antropología Social "con ojos argentinos". Pero ello no debía preocupar a la audiencia interna, es decir, al plantel docente regular del departamento de CA, ya que su defensa no implicaba ni desmerecer la trayectoria de las orientaciones clásicas, ni hacer de la "vapuleada" disciplina el caballo de Troya de una corriente política. Las palabras de Lafón no hacían más que confirmar que, por entonces, la Antropología Social se había convertido en un punto de articulación entre la academia y la política, tan estrechamente ligadas en la historia intelectual argentina de este siglo. Por intermedio suyo se debatían proyectos que trascendían los límites de la universidad y que se ocupaban de la relación entre ciencia, universidad y política; sobre el papel de los intelectuales; y sobre el lugar, naturaleza y límites de las "ciencias antropológicas".

III. Modernidad y antimodernidad: "barbarie", antropología y nación

Como advertíamos páginas atrás, algunos antropólogos argentinos intentan establecer una relación de consanguineidad entre CA y las carreras "modernas" de Filosofía y Letras. Pero, insinuamos, la estrecha vinculación entre esta interpretación "sobre los orígenes" con el

contexto del Proceso de Reorganización Nacional, académicamente dominado por la figura de Bórmida y su escuela. La recurrente presencia del "Tano", como colegas y alumnos solían apodarlo, en la historia de la carrera y su permanencia en coyunturas de avance autoritario en la política nacional y universitaria argentina -1966, 1975, 1976- permitía identificar a Bórmida y su corriente con la antropología porteña, amenazando incluso con alcanzar, pecaminosamente, el tiempo de los orígenes, 1957-1958. Como contrapartida, la etapa de democratización y modernización posterior a 1983 podía enlazarse esperanzadamente con otras coyunturas de la carrera: Germani expresaba uno de esos momentos.

Por lo tanto, el parentesco original entre CA y sociología es una invención -en el sentido de construcción cultural, no en el de capricho- de un sector antropológico "modemizador". Si bien el punto merece un estudio más minucioso, este parentesco bien podría ser un intento de superar la contradicción identitaria experimentada por profesionales que se autodefinen como "progresistas", que padecieron exclusión, tortura y exilio por su militancia política, pero que fueron formados en una carrera de signo contrario. El estigma de la antropología porteña se revela una y otra vez, mientras sus protagonistas se empeñan, con justicia, en hacerla aceptable para sí y ante las demás disciplinas sociales.⁹²

Como vimos, la carrera de CA emergió como un desprendimiento de Historia. Esta escisión no respondió a una crisis científica en los paradigmas dominantes; por el contrario, imperó en las "ciencias antropológicas" una orientación que sólo se diferenció de los estudios historiográficos por el tipo de "objetos" empíricos a los que dirigió su atención. La génesis de las "ciencias antropológicas" como un espacio para pensar el pasado se remonta a su misma constitución a fines del siglo xix. Concebidas entonces como parte de las ciencias naturales, estaban orientadas a indagar los orígenes del "hombre americano", como un capítulo del proceso de construcción de la nación. No eran "antropología", sino "ciencias antropológicas" que se solidarizaban en un proyecto común. Así, se cristalizaron como un discurso organizado a partir de los museos de ciencias naturales primero, y etnográficos poco después, que se tradujo en términos de programa científico como rescate de todo indicio que permitiese reconstruir la historia prehispánica desde un punto de vista evolutivo. Esta concep-

Guber y Visacovsky, 1996. Es decir, elaboraron mitos en el sentido levistraussiano.

ción unificó la vida de los indígenas en el presente, los restos materiales de su actividad pasada y las creencias folklóricas bajo una misma lógica: ser testimonios de un pasado que se debía recuperar antes de su desaparición. El predominio de este proyecto se reflejó en la resolución de creación de la carrera en 1958, con la comparación del país a una "rica cantera".

Paulatinamente, este saber se transformó en una ciencia auxiliar para la reconstrucción del pasado. Este contexto preparó la llegada y consolidación en el país de José Imbelloni, quien enfatizó los caracteres apuntados sumándoles una concepción hostil a la idea de progreso y al racionalismo.⁹³ Imbelloni prolongó el interés original por la procedencia del hombre americano en una ciencia, la "Americanística".⁹⁴ Promotor de la recepción local de la escuela histórico-cultural alemana, encontró su fermento desde los años treinta en la agonía del liberalismo, en la emergencia de nacionalismos de cuño popular o elitista -de raíz hispano-americana- y en las problemáticas suscitadas por la intensa inmigración extranjera.⁹⁵ El difusionismo de raíz alemana hizo de las migraciones una cuestión teórica central, y por eso encontró acogida favorable para dar cuenta del proceso de formación de la nación argentina, y en los debates sobre el papel de las migraciones internacionales como amenazas al carácter nacional. En este programa, un papel prioritario le correspondió al Folklore para "restaurar el pasado nacional" a través del rescate de los patrimonios culturales.⁹⁶

El período, pues, se caracterizó por la oscilación entre la antropología pensada biológica o históricamente, dentro de la matriz histórico-cultural, y bajo la pretensión de subordinar lo biológico a lo cultural.⁹⁷ Ello preparó el camino del afianzamiento de la perspectiva historicista y humanista, que alcanzó su punto culminante con Bórmida, quien llevó a cabo una radicalización mayor al plantear la historia como una me-

⁹³ En particular, se desarrolló un anti-evolucionismo católico (Fígoli, 1990: 346-347). De todos modos, la perspectiva diacronica evolucionista sobrevivió readaptada en el nuevo ideario (Fígoli, 1990: 342 y 347).

⁹⁴ Fígoli, 1990: 242.

⁹⁵ Fígoli, 1990:338-340.

⁹⁶ Fígoli, 1990: 350. Este proyecto se institucionalizó con la creación en 1948 del Instituto Étnico Nacional, como dependencia de la Dirección General de Migraciones, cuyo director fue Cañáis Frau. Cf. Fígoli, 1990:306.

⁹⁷ Fígoli, 1990:318.

tadisciplina y a la etnología como uno de sus segmentos; la oposición entre las "ciencias de la naturaleza" frente a las "ciencias del espíritu" (siguiendo a Dilthey); y finalmente, asignando un sitio privilegiado a los modelos comprensivistas de acceso a los fenómenos culturales.⁹⁸ La figura de Bórmida resulta capital a los fines de entender la naturaleza de la disciplina entre fines de los cincuenta y principios de los sesenta.

Aunque las "ciencias antropológicas" se ocupasen en el país de las poblaciones indígenas vivas o desaparecidas o de los sectores mestizos de tradición hispano-indígena asociados con las supervivencias "folkloricas", el modo de conceptualización de los mismos como objeto disciplinario no coincidió con el de otras antropologías nacionales que también encontraron sus poblaciones-objeto como resultado del colonialismo interno. Bórmida prefirió definir el objeto de la etnología como el "estudio de los bárbaros", intentando superar definiciones como "primitivo" o "salvaje", deudoras de concepciones evolucionistas.⁹⁹ Siguiendo la acepción griega, los "bárbaros" eran extranjeros que no hablaban el griego. Bórmida creyó que de este modo se apartaba del sentido peyorativo que el término había adquirido en el Bajo Imperio romano.¹⁰⁰

Si bien Bórmida pretendió fundar en el concepto una epistemología del extrañamiento, la operación tenía consecuencias importantísimas aplicada a las poblaciones indígenas y a la definición de la Argentina. Los Ona o los Tehuelche se convertían en "extranjeros" dentro del territorio nacional, conduciendo a una concepción dualista de la sociedad nacional, donde una de las mitades era "marginal" por sus diferencias "esenciales" con respecto a otra "civilizada".¹⁰¹ Consa-

⁹⁸ Fígoli, 1990: 359-385; Fígoli, 1995.

⁹⁹ Tal como lo era el concepto de barbarie aplicado por Sarmiento en el *Facundo*, más afín al paradigma del progreso y la evolución social. Desde la caída de J. M. Rosas y, más claramente, a fines del siglo xix, el estado argentino se dio a la tarea de "civilizar" a una múltiple y faccionalizada sociedad civil, incorporándola a los valores seculares y liberales del "Progreso" y la "Organización" (Oszlack, 1985; Mayo y García Molina, 1988). Ello implicó la casi simultánea barbarización de amplios sectores identificados con el "interior" o "las provincias", opuestos al "centralismo porteño" (Shumway, 1993).

¹⁰⁰ Bórmida, 1958-1959a. Como se puede ver, Bórmida definió el objeto dentro de la tradición de los estudios clásicos; simultáneamente, trazaba una línea genealógica que unía las "ciencias antropológicas" con la tradición greco-latina-cristiana.

¹⁰¹ Posición deudora de la diferenciación que la etnología alemana había establecido entre sociedades no-occidentales adscriptas como *Naturvölker* y los habitantes de las naciones occidentales consideradas como *Kulturvölker*, sólo que en el caso de Bórmida la oposición operaba dentro del territorio nacional (Schippers, 1995).

gró así una visión en la que las condiciones sociales y el contexto económico-político nacional no intervenían en la definición de los sujetos/objetos de estudio.¹⁰²

Esta perspectiva, no obstante, no era privativa de Bórmida ni una mera creación de la antropología vernácula, sino que se asentaba en un consenso mayor entre los sectores intelectuales en torno a las condiciones de adscripción plena a la nación argentina. Estos requisitos invocaban la noción de "ciudadanía", un concepto sustancialmente político en el que se diluyen las diferencias basadas en la lengua o la etnia. Tras el golpe de 1955, iniciado un proceso ideológico de retorno a los ideales liberales fundantes del estado nacional, siempre más en lo económico que en lo político, se reactualizó ese concepto homogeneizador que eludía y hasta desconocía toda diversidad que se resistiese a la inclusión. Los protagonistas del Proyecto de Organización Nacional de la Generación de 1837 y plasmado hacia 1880 fueron los grandes modeladores de una nación cimentada en la homogeneidad, la igualdad de derechos y obligaciones -educativos, jurídicos y, más tarde, políticos- y la absorción de grandes masas migratorias predominantemente europeas para "poblar el Desierto", las tierras conquistadas a los indígenas.¹⁰³ El *melting pot* norteamericano pareció ser más exitoso en el hemisferio sur.

Las "ciencias antropológicas", entonces, se ocuparon de poblaciones excluidas de la sociedad nacional y, a la vez, consagraron la exclusión de aquellos sectores que nunca podrían acceder a ser "auténticos ciudadanos". El concepto de "barbarie" bormidiano no sólo tipificaba adecuadamente esa exclusión y expresaba dicho concepto de nación,¹⁰⁴ sino que adquiría legitimidad ante las restantes disciplinas debido a que éstas compartían, al menos antes de acentuarse los procesos de politización y la creación de condiciones para la insurrección de enormes poblaciones del Tercer Mundo, un mismo concepto de adscripción a la nación. Si desde principios del siglo xx el "Otro" inmigrante ultramarino fue exitosamente incorporado a la sociedad ar-

¹⁰² Esto no significa que Bórmida no diese cuenta en sus trabajos de la situación social de los indígenas, sólo que ésta aparece como aleatoria a su objetivo de recopilación de narrativas míticas tradicionales (véase, por ejemplo, Bórmida y Siffredi, 1969-1970: 199-200).

¹⁰³ Botana, 1984; Gallo y Cortés Conde, 1987; Halperin Donghi, 1897; Solberg, 1970.

¹⁰⁴ Quizá, la diferencia radicó en que Bórmida agregó al concepto una fascinación romántica por la recuperación vivencial de estados pasados.

entina, el "Otro" de los "interiores" provinciales, de los talleres fabriles, y el descendiente de inmigrantes limítrofes, ese "Otro" permanecía excluido, y en la coyuntura objeto de este trabajo, con su identidad política proscrita. La sociología "científica" se hizo cargo de su investigación, al tomar por misión explicar el fenómeno peronista y su difusión entre los sectores populares. ¿Pero cuál era la importancia del "Otro" de las "ciencias antropológicas" y a qué precio decidió construir esa relevancia en la universidad más importante de un país fuertemente centralista, la Universidad de Buenos Aires?¹⁰⁵

Mientras la sociología fue parte constitutiva del proyecto modernizador, las "ciencias antropológicas" lo fueron de un modo contradictorio. Las "ciencias antropológicas" mantuvieron una posición "marginal" en relación a las Ciencias Sociales y a las problemáticas suscitadas por las llamadas "sociedades complejas", marginación sustentada en razones disciplinarias internas y externas. Dado que las poblaciones-objeto tradicionales de las "ciencias antropológicas" atravesaban un tumultuoso período de transformaciones en el interior de las sociedades nacionales, rechazar el estudio de las sociedades complejas significaba no sólo parcializar el objeto teórico de la disciplina sino, fundamentalmente, forzar una definición de la realidad socio-cultural argentina que no siempre era correspondida.¹⁰⁶ Pero también la dinámica propia del campo moderno constituyó a las "ciencias antropológicas" en un saber "marginal", que ocupó el "polo tradicional". Las preocupaciones de esta antropología fueron vistas como legítimas en un sentido, pero no implicadas en las cuestiones tipificadas como "problemáticas sociales" que estructuraban a las disciplinas "modernas". El espacio de génesis de la carrera de CA se constituyó, pues, en la tensión de dos antropologías posibles.¹⁰⁷

¹⁰⁵ No olvidamos, por supuesto, que la antropología era desarrollada en otros centros del país, como La Plata, Mendoza, Tucumán y Salta, pero debe tenerse en cuenta que la mayoría de los antropólogos formados o eventualmente docentes-investigadores en dichos centros pasaron en algún momento por Buenos Aires.

¹⁰⁶ Geertz (1987) recorre la mayoría de las problemáticas que se suscitaban con las transformaciones económicas, políticas, sociales y culturales después de la Segunda Guerra Mundial, fundamentalmente con la descolonización y la emergencia de nuevos estados nacionales. Esto implicaba, a su vez, el desarrollo de un nuevo *corpus conceptual*.

¹⁰⁷ Bórmida, Menghin y otros guardaban afinidad con el viejo ensayismo y apego por los estudios humanistas. Sin embargo, no fueron blanco del ataque de las ciencias sociales, por vahas razones; la primera, porque su enemigo principal era el "ensayismo sociológico precientífico", porque sus temáticas no entraban en competencia y porque, en definitiva, la producción antropológica se sustentaba en "datos". Para un análisis de la polémica en la sociología (Sigal, 1991: 114-120).

Sin embargo, no debe concluirse apresuradamente que no hubo núcleos de "modernización" internos. Amén de las búsquedas de los primeros estudiantes, algunos profesores plantearon decididamente una controversia en torno al objeto disciplinario. Al referirse a los indígenas de la región chaqueña, Palavecino señalaba su preocupación por los problemas de transculturación¹⁰⁸ de aquellos grupos en vías de extinción. Y ponía de manifiesto que, de continuar el proceso, desaparecerían. Puntualizaba, además, que los indígenas fueron obligados a modificar sus modos de vida abruptamente, ante el avance de la sociedad industrial. Pero a diferencia de Bórmida, esta declinación de las formas de vida tradicionales no eran vistas con nostalgia ni imponían la recolección presurosa de los girones culturales; Palavecino no rechazaba por principio los cambios generados por los procesos de industrialización acelerados, sino que pretendía que el estado asumiese su responsabilidad de impulsar los factores positivos que posibilitasen adaptaciones satisfactorias y atenuaran los efectos negativos. El antropólogo debía diagnosticar el deterioro social, y las razones por las cuales dichas culturas no podían aceptar los nuevos *patterns* y adaptarse al cambio. El antropólogo debía generar proyectos que permitiesen resolver estas dificultades, brindando diagnósticos y propuestas de solución al estado.¹⁰⁹ Así, al papel activo del estado como promotor de políticas indígenas y del antropólogo como técnico, Palavecino confirió además a las poblaciones indígenas un estatus radicalmente diferente: el de ciudadanos de la nación.¹¹⁰ No es extraño, pues, que muchos de los estudiantes de entonces rescatasen a esta figura. Su influencia quizá fue menor y no alcanzó a modificar las concepciones histórico-culturales dominantes. Pero si la carrera inició un proceso interno de modernización que incluía una cuarta orientación -la antropología social- las posibilidades de su éxito quedaron truncas tras el golpe de 1966.

¹⁰⁸ Palavecino, 1955: 379-389.

¹⁰⁹ Palavecino, 1962.

¹¹⁰ "Conviene pues a la Nación y al Estado, al indio y al blanco que con él convive, la iniciación de una vez por todas de una política racional al respecto de los aborígenes chaqueños que rompa los tabiques culturales que separan, de una manera intolerable en nuestro tiempo las comunidades india y blanca manteniendo dentro del país una discriminación racial y social que la ley fundamental de la Nación repudia y el buen sentido condena". Anexo Resolución N° 1517, 1963, de la documentación presentada por Enrique Palavecino para su renovación en el cargo de profesor.

Conclusión

Abordar la situación del campo antropológico en los albores de los sesenta no sólo permite conocer mejor la historia de una disciplina que ha recibido poca atención, sino que también trae aparejada una visión más compleja de las transformaciones del campo académico-intelectual posperonista, rompiendo con la habitual polarización entre "carreras tradicionales" y "modernas" que estas últimas aún predicen de sí mismas. Mejor que un caso singular y anormal en el panorama "modernizador", la antropología porteña debe ser vista en sus persistentes y transformaciones como un caso que descubre una faz poco iluminada de un proceso del que también fue parte.

A lo largo de este trabajo hemos mostrado que la apelación mecánica al contexto socio-político de mediados de los cincuenta como factor explicativo de la emergencia de CA en UBA conduce a paradojas insalvables. Por un lado, la carrera le debería a dicho contexto su voluntad creadora, y por el otro el "espíritu" modernizador no habría podido plasmarse en ella debido a males internos del campo disciplinario. Pero personalidades -con las excepciones ya apuntadas- y perspectivas atravesaron con éxito los límites políticos de 1955, no pareciendo encontrar oposición ni de las autoridades universitarias ni de un campo académico-intelectual modernizador, enemigos, en principio, de todo humanismo y ensayismo "precientífico".

En un contexto favorable al desarrollo e institucionalización académica de las disciplinas científicas, el campo antropológico no vio alterada significativamente su estructura, debido a que la nueva carrera se organizó, con alguna excepción, sobre el cuerpo académico preexistente. Si las exclusiones del medio académico porteño implicaron reacomodamientos jerárquicos importantes y, en algún modo, constituyeron una discontinuidad con respecto a la etapa peronista anterior, la vigencia de la comunidad académica bajo un mismo paradigma dominante reafirmaba rotundamente la continuidad disciplinaria.

Hemos postulado que el campo antropológico argentino mantuvo una fuerte cohesión, basada en una definición de su objeto de competencia científica consensuada interna y externamente. Este consenso sólo pudo ser posible en la medida en que la conceptualización de los sujetos de estudio de las ciencias antropológicas -vistos como testimonios tradicionales del pasado a rescatar ante su inminente desaparición- encontraba legitimidad en la concepción fundante de la nación argentina. En este concepto, esencialmente socio-político, se pertenece a la nación en tanto "*ciudadano*", categoría que no podía albergar

a dos sujetos de la etapa pre-nacional: los indígenas, expulsados de su territorio mediante la violencia militar y vestigio viviente del pasado prehispánico, y los trabajadores rurales mestizos, asociados al caudillismo del siglo XIX, al atraso rural y al pasado colonial. De este modo, el retorno en 1955 a los ideales liberales que había propiciado la Organización Nacional de 1880 implicó la reactualización de ese concepto de nación, expresado y legitimado en la naciente carrera.

Ahora bien, el proceso de "modernización" interna que pivoteó sobre el eje de la "antropología social" fue el inicio de una batalla por ingresar al campo disciplinario, e imponer una nueva definición de ciencia por parte de los primeros estudiantes y luego graduados. Pero esta presión esperable no explica las luchas por trocar el paradigma científico dominante; en realidad, el mismo concepto de adscripción a la nación empezaba a admitir aspectos hasta allí soslayados, como la desigualdad económico-social. Estos cambios expresaron los procesos socio-políticos globales que caracterizaron a la década del sesenta: la politización de la sociedad y del campo intelectual en particular. Si dicha politización ponía en el centro del debate la "marginalidad" de diversos sectores sociales, eran sus condiciones de vida lo que había que resaltar, condiciones que obedecían a una lógica económico-política global y no a peculiaridades intrínsecas a la idiosincrasia de cada grupo.

El objeto disciplinario se transformó junto a la admisión de los indios y mestizos a la categoría de "ciudadanos". A la par que las comunidades indígenas y mestizas podían ser transmutadas en obreros o peones rurales,¹¹¹ las nuevas carnadas profesionales podían establecer términos de disputa interna más satisfactorios a los fines de cambiar los proyectos impuestos en 1958. Esto se debió a que, al menos por un tiempo, el objeto antropológico "alternativo" se identificó con el de la sociología científica, favoreciendo su legitimación dentro de las disciplinas que acometían el estudio de "problemas sociales". Pero este giro implicó un riesgo: disolver una antropología sumida en la historia en otra sumergida en la sociología.¹¹²

¹¹¹ Esto se apreciará en los trabajos de la década siguiente sobre cooperativas agropecuarias (Hermite y Herrén, 1970; Bilbao, 1971 y 1972; Vessuri 1975 y 1977); sobre pobres urbanos (Ratier, 1971a y b); sobre patrones productivos de colonias agrícolas y sus formas de reproducción socioeconómica (Archetti y Stolen, 1977; Bartolomé, 1974 y 1977); sobre proletariado rural (Vessuri, 1974 y 1977); sobre trabajo, familia y mujer (Vessuri, 1972; Archetti y Stolen, 1975 y 1978; Bartolomé, 1975; Bilbao, 1975); y sobre la situación indígena enfocada desde una perspectiva socioeconómica (Bartolomé, 1972).

¹¹² "(Un proyecto) cuestionador de la existencia misma de la antropología..." (Herrán, 1990: 108).

La operación tuvo su precio. La extensión de las categorías de adscripción político-sociales en la redefinición del objeto de estudio preparó el camino de algunas investigaciones etnográficas posteriores entre fines de los sesenta y mediados de los setenta que implícita o explícitamente se opusieron al proyecto bormidiano, pero también fue la base a partir de la cual algunos llegaron a rechazar el proyecto disciplinario posible en favor de la práctica política.¹¹³ En este conflictivo pasado de disputas en el espacio académico porteño por la definición de una ciencia antropológica legítima, quizá se encuentre buena parte de las respuestas acerca de las paradojas e imposibilidades de una antropología social argentina en el presente. •

Bibliografía

- Actas de sesiones del Honorable Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires (1958).
- Actas de sesiones de la Honorable Asamblea Universitaria (1958).
- Actas del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras (13/11/1957-18/12/1959).
- Actas del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras (1966).
- Archetti, E. y Kristi Anne Stólen (1975), *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- —(1977), "La herencia entre los colonos del norte de Santa Fe", en Hermitte, Esthery Leopoldo Bartolomé (comps.), *op. cit*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 171-195.
- —(1978), "Economía doméstica, estrategias de herencia y acumulación de capital: la situación de la mujer en el Norte de Santa Fe, Argentina", *América Indígena*, México, vol. 38, pp. 383-401.
- Arenas, Patricia (1989-1990), "La antropología argentina a fines del siglo xix y principios del xx", *Runa xix*: 147-160.
- Baines, Stephen (1995), "Primeiras impressões sobre a etnologia indígena na Australia", en Cardoso de Oliveira y Rubén, *op. cit*, pp. 65-119.
- Balan, Jorge (1991), *Cuéntame tu vida. Una biografía colectiva del psicoanálisis argentino*, Buenos Aires, Planeta.
- Bartolomé, L. (1974), "The Colonos of Apóstoles: adaptive strategy and ethnicity in a Polish-Ukrainian settlement in northeast Argentina", *Tesis de Doctorado en Antropología*, Madison, Wisconsin, Universidad de Wisconsin.
- —(1975), "Colonos, plantadores y agro-industrias. La explotación agrícola

¹¹³ Guber y Visacovsky, 1996.

- la familiar en S. E. de Misiones", en *Desarrollo Económico*, vol. 15, No. 58, Buenos Aires, julio-septiembre.
- _____(1977), "Sistemas de actividad y estrategias adaptativas en la articulación regional y nacional de colonias agrícolas étnicas: el caso de Apóstoles (Misiones)", en Hermitte, Esther y Leopoldo Bartolomé (comps.), *op. cit.*, pp. 257-281.
- _____(1980), "La antropología en Argentina: problemas y perspectivas", en *América Indígena XL* (2): 207-215.
- _____(1982), "Panorama y perspectivas de la Antropología Social en la Argentina", conferencia pronunciada en el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES), Buenos Aires, mimeo.
- Bilbao, S. A. (1971), "Capacitación y organización en las cooperativas agropecuarias de trabajo de la Provincia de Tucumán", en *Infernal Report*, INTA, Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, Famaillá.
 - _____(1972), "Investigación sociocultural en una cooperativa agropecuaria de trabajo", Informe interno, Famaillá, provincia de Tucumán, República Argentina, Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA).
 - _____(1975), "La familia en San José del Boquerón (Provincia de Santiago del Estero) y un análisis de las formas económicas en la cultura folk de la Quebrada de Humahuaca y su área de influencia", Buenos Aires, *Cuadernos del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales* (CICSO), Serie Estudios 13 y 14, 36 y 39.
 - Boido, G., J. Pérez Gollan y G. Tenner (1990), "Alberto Rex González. Una ruta hacia el hombre. Entrevista a Alberto Rex González", en *Ciencia Hoy*, vol. 2, No. 9, septiembre-octubre, 12-20.
 - Bórmida, M. (1956), "Cultura y ciclos culturales. Ensayo de etnología teórica", en *Runa*, vn, parte 1º, Buenos Aires, pp. 5-28.
 - _____(1958-1959a), "El estudio de los bárbaros desde la antigüedad hasta mediados del siglo xix", en *Anales de Arqueología y Etnología*, xiv-xv, Mendoza, pp. 265-318.
 - _____(1958-1959b), "La antropología del materialismo", en *Runa*, ix, partes 1-2, Buenos Aires, pp. 51-98.
 - _____(1961), "Ciencias Antropológicas y humanismo", en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 5º época, año 6, No. 3, Buenos Aires, pp. 470-490.
 - _____y A. Siffredi (1969-1970), "Mitología de los tehuelches meridionales", en *Runa*, vol. xn, partes 1-2, Buenos Aires, pp. 199-245.
 - Boschin, M. T. y A. M. Llamazares (1984), "La Escuela Histórico-Cultural como factor retardatario del desarrollo científico de la Arqueología Argentina", en *Etnia* 32, Olavarría, julio-diciembre, pp. 101-156.
 - Botana, N. (1984), *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
 - Bourdieu, P. (1975), "La spécificité du champ scientifique et les conditions sociales du progrès de la raison", en *Sociologie et Sociétés*, VII, 1, Universidad de Montreal, mayo, pp. 91-117.

- (1983), *Campo del poder y campo intelectual*, Buenos Aires, Folios ediciones.
- (1985), "Espacio social y génesis de las 'clases'", en *Espacios de crítica y producción*, No. 2, Buenos Aires, 1985, pp. 24-35.
- Califano, Mario; A. Pérez Diez y S. M. Balzano (1985), "Etnología", en Centro Argentino de Etnología Americana, *Evolución de las ciencias en la República Argentina. 1872-1972. Antropología*, Sociedad Científica Argentina, x, pp. 9-71.
- Cardoso de Oliveira, R. y G. R. Ruben (orgs.) (1995), *Estilos de Antropología*, Campinas, Unicamp.
- Colegio de Graduados en Antropología -CGJA- (1989), *Jornadas de Antropología: 30 años de la carrera en Buenos Aires (1958-1988)*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
- Crepeau, R. R. (1995), "Antropología indígena brasileira vista do Quebec: Urna proposta de pesquisa", en Cardoso de Oliveira y Rubén, *op. cit.*, pp. 139-154.
- Curricula vitae de los profesores M. Bórmida, C. Lafón, O. Menghin y E. Palavecino (Archivos de la Universidad de Buenos Aires).
- Fernández Distel, A. (1985) "Prehistoria", en Centro Argentino de Etnología Americana, *Evolución de las ciencias en la República Argentina. 1872-1972. Antropología*, Sociedad Científica Argentina, x, pp. 83-104.
- Fígoli, L. (1990), *A ciencia sob olhar etnográfico. Estudo da Antropologia Argentina*, Brasilia, Tesis de doctorado, Universidade de Brasilia.
- Fígoli, L. (1995), "A Antropología na Argentina e a construcáo da nacáo", en Cardoso de Oliveira y Rubén, *op. cit.*
- Gallo, Ezequiel y Roberto Cortés Conde (1987), *La República Conservadora*, Buenos Aires, Paidós.
- Geertz, Clifford (1987), "Después de la revolución: el destino del nacionalismo en los nuevos estados", en *La interpretación de las culturas*, México, Gedisa, pp. 203-218.
- Guber, Rosana y S. E. Visacovsky (1996), *Controversias filiales: Memoria y genealogía en la Antropología Social argentina*, ponencia presentada en la "xx Reunião Brasileira de Antropología y I Conferencia: Relaçoes Étnicas e Raciais na América Latina e Caribe", Salvador, Bahía, 14 al 18 de abril de 1996.
- Gurevich, E. M. y Smolensky, Eleonora (1988), *La Antropología en la UBA 1973-1983*, Buenos Aires, Informe Final, CONICET.
- Halperin Donghi, T. (1897), *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Hermitte, E. y C. Herrén (1970), "¿Patronazgo o cooperativismo? Obstáculos a la modificación del sistema de interacción social en una comunidad del Noroeste argentino", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, No. 2, pp. 293-317.
- y L. Bartolomé (comps.) (1977), *Procesos de articulación social*, Buenos Aires, Amorrortu.

- Herrén, C. A. (1990), "Antropología Social en la Argentina: Apuntes y perspectivas", en *Cuadernos de Antropología Social*, vol. 2, No. 2. Buenos Aires, 1990, pp. 108-115.
- Kuhn, T. S. (1992), *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE.
- Kuper, A. (1973), *Antropología y antropólogos. La Escuela Británica, 1922-1972*, Barcelona, Anagrama.
- _____(1991), "Anthropologists and the History of Anthropology", *Critique of Anthropology* 11 (2): 125-142.
- Lafón, Ciro René (1967), "Recordación del Doctor Fernando Márquez Miranda", *RunaX*, 1-2, 1960-1965, Buenos Aires, FFyL, pp. 7-15.
- López, E. (1987), *Seguridad nacional y sedición militar*, Buenos Aires, Legasa.
- Madrazo, G. B. (1985), "Determinantes y orientaciones en la Antropología Argentina", en *Boletín del Instituto Interdisciplinario Tilcara*, No. 1, Instituto Interdisciplinario Tilcara, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, pp. 13-56.
- Márquez Miranda, F. (1940), "Prólogo a la traducción española de *Metodología Etnológica* de Fritz Graebner", *Biblioteca Teoría VIII*, Universidad de La Plata, pp. 7-55.
- _____(1941), "Fritz Graebner y el método etnológico", *Notas del Museo de La Plata*, Universidad de La Plata, pp. 230-319.
- _____(1943), "A propósito del método etnológico de Fritz Graebner", en *Revista del Museo Nacional de Lima*, XII, primer semestre, pp. 24-28.
- _____(1967), "Curriculum vitae del profesor doctor Fernando Márquez Miranda", *Runa x*, 1-2, 1960-1965, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, pp. 16-15.
- _____(1967), "Panorama de los estudios arqueológicos en la República Argentina", *Runa x*, 1-2, 1960-1965, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, pp. 52-67.
- Mayo, C. A. y F. García Molina (1988), *El positivismo en la política argentina (1880-1906)*, Buenos Aires, CEAL
- Neiburg, F. G. (1993), "La invención del peronismo y la constitución de la sociología en la Argentina", Tesis de doctorado, Río de Janeiro (mimeo).
- _____(1995), "Ciencias Sociales y mitologías nacionales. La constitución de la sociología en Argentina y la invención del peronismo", en *Desarrollo Económico*, vol. 34, No. 136, pp. 533-556.
- O'Donnell, G. (1972), "Modernización y golpes militares (Teoría, comparación y el caso argentino)", en *Desarrollo Económico*, vol. 12, No. 47, pp. 519-566.
- _____(1977), "Estado y alianzas en la Argentina: 1956-1976", en *Desarrollo Económico*, vol. 16, No. 64, pp. 523-554.
- Ordenanzas del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras (11/12/1958-7/6/1960).
- Oszlack, O. (1985), *La formación del estado argentino*, Buenos Aires, Ediciones de Belgrano.

- Palavecino, E. (1958-1959), "Algunas notas sobre la transculturación del indio chaqueño", en *Runa IX*, Buenos Aires, pp. 379-389.
- _____(1962), "Teoría del cambio cultural", en *Philosopia*, No. 26, Mendoza, 1962, pp. 60-72.
- Programas de materias (Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires).
- Radcliffe-Brown, A. R. (1986), *Estructura y función en la sociedad primitiva*, Barcelona, Planeta-Agostini.
- Ratier, H. (1971), *Villeros y villas miseria*, Buenos Aires, CEAL.
- _____(1971), *Cabecita Negra*, Buenos Aires, CEAL.
- Resoluciones del Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires (1956-1959).
- Resoluciones del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1955-1959).
- *Runa VII*(1956), 1^ª parte, Buenos Aires, FFyI_.
- Saunders, G. R. (1984), "Contemporary Italian Cultural Anthropology", en *Annual Reviews of Anthropology*, XIII, pp. 447-466.
- Saunders, G. R. (1993), "'Critical Ethnocentrism' and the Ethnology of Ernesto De Martino", en *American Anthropologist* 95 (4), pp. 875-893.
- Schippers, T. K. (1995), "A history of paradoxes. Anthropologies of Europe", en Vermeulen y Alvarez Roldan, *op. cit.*, pp. 234-246.
- Schoultz, L. (1981), *Human Rights and United States policy towards Latin America*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- Schuster et al. (1988), "Comunidades científicas: estudio del caso de los antropólogos profesionales argentinos", Informe final UBACyR, Buenos Aires, mimeo.
- Sesiones de la Junta Consultiva (agosto 1956-julio 1957).
- Shumway, N. (1993), *La invención de la Argentina*, Buenos Aires, Emecé.
- Sigal, S. (1991), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur.
- Solberg, C. (1970), *Immigration and Nationalism*, University of Texas Press.
- Terán, O. (1991), *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, Puntosur.
- Tollo, M. (1992), "Orígenes de la psicología. Reportaje a Hugo Vezetti", en *Gaceta Psicológica*, No. 93, octubre-noviembre, Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, pp. 23-25.
- Vermeulen, H. F. y Alvarez Roldan, A. (eds.) (1995), *Fieldwork and Footnotes. Studies in the History of European Anthropology*, Londres, Routledge.
- Vessuri, H. (1972), "Familia: ideología y práctica en un contexto rural argentino" en *Etnía*, No. 16, julio-diciembre, Olavarría, pp. 69-71.
- _____(1974), *El obrero del surco tucumano: ocupación y estratificación social en la finca cañera*, Buenos Aires, Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales.
- _____(1975), "Trabajadores Unidos Limitada, Campo de Herrera, Tucumán", la primera cooperativa de trabajo agropecuario de la Argentina, a cinco años

- de su creación", *Popular participation in national development: the role of cooperatives, collectives and self-management*, La Haya.
- (1977), "Procesos de transición en comunidades de obreros rurales y articulación social", en Hermitte, Esther y Leopoldo Bartolomé (comps.), *op. cit*, pp. 196-237.
- (1992), "Las ciencias sociales en la Argentina: diagnóstico y perspectivas", en Oteiza, E. (dir.), *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y perspectivas*, Buenos Aires, CEAL.
- (1992), "El psicoanálisis y la cultura intelectual", *Punto de Vista* (44), Buenos Aires, pp. 33-37.